COMER LA PROPIA ASADURA
DEL HERMANO

Para mi amigo Thomas
Ward, en recuerdo de
un vagabundeo por
Mexico — VIII. 83

Luis [illegible]

CUENTO Y RELATO

Colección dirigida por
Mauricio González de la Garza

COORDINACION DE HUMANIDADES

LUIS WAINERMAN GONILSKY

COMER LA PROPIA ASADURA DEL HERMANO

LIBRO I

FERROVIARIO DE A PIE



Universidad Nacional Autónoma de México
México 1981

Primera edición: 1981

DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968-58-0159-2 (edición completa)

ISBN 968-58-0160-6 (volumen I)

A Ida Gonilsky, mi madre,
mi derroche, mi malgasto, mi melancolía,

a Martha Bernal
en cuya Balanza el Cangrejo
pesó sus materiales,

a los pies del último *mahatma:*
Adolfo Pérez Esquivel,
el más derecho y humano
en la carnicería ingrata
donde encontraron gancho
Cipriano Reyes, Lisandro de la Torre,
Esteban Echeverría y Luis de Miranda.

Todo parecido de los personajes y entidades de ficción con personas o instituciones de la realidad es por pura coincidencia.

COMENTARIO ACERCA DEL AUTOR:

"Creo que nunca se fue más lejos en el arte de no decir nada",

CORTAZAR, JULIO: *Libro de Manuel,* Bs. As. Sudamericana, 1973, pág. 332.

Ciclo:
COMER LA PROPIA ASADURA DEL HERMANO

Libros:

Tomo I: FERROVIARIO DE A PIE
Tomo II: DIASPORA DE UNA ARGENTINA POTENCIA
Tomo III: EL LEON HERBIVORO
Tomo IV: EN EL ANDEN DE ADAN.
PELOTERA, RIÑA Y SINCOPE DEL REVOLUCIONARIO ARCANGEL

PREFACIO

¿Es la Literatura, siempre, una subversión contra la moral? ¿Hasta qué punto pueden las costumbres soportar la libertad del artista? La gran tolerancia del Estado se debe al poco alcance que logra la mejor literatura en la época de la comunicación masiva. No es, entonces, que el Estado pruebe su concesión del Derecho a los artistas sino que las costumbres los toleran porque no son oídos.

Feliz de la Literatura. Ya pasó la época fatal de las hogueras a fuego lento. Convertida en hiena libre aúlla durante la noche del mundo, ruina de la razón.

La presente obra fue comenzada como poesía. Gran parte de ella fue publicada en 1966 en forma de largo poema bajo el título que conserva actualmente el libro IV: En el andén de Adán. *En los quince años subsiguientes su escritura continuó a través de pertinaces remodelaciones. En 1973 los manuscritos originales fueron volcados en prosa cuando el verso no pudo retener más el variado cauce épico del texto, amén de que los editores se negaban a publicar un poema tan extendido. Fue preciso desmontar metáforas, disolver condensaciones microestructurales y resonancias fonémicas, rítmicas y musicales cuya perfección pondría en evidencia lo prosaico de las ulteriores construcciones. Se perdió mucho y se ganó muchísimo. Ello permitió la concepción del libro III, donde lo lírico está menos presente pero, muchas de cuyas páginas estaban precursadas en el primer libro poético, con lo que se hizo patente que nada impediría la conservación del halo lírico en el resto de la obra.*

No obstante, dicho sea con la terminología que usan los

teóricos del relato, una diégesis lineal sin ramificaciones ni metadiégesis extensas mantiene a la obra en la más rigurosa forma narrativa.

En el sostenido ápice del delirio se encuentran lo lírico y lo épico. Análogamente a como se dice que la ópera es una especie de drama también la narración desvariada es una especie de narración. Y, por menos que los desvaríos ganen su instalación en tipos, las obras no se conciben como géneros. Los textos llaman a los textos y el autor se ve delirante al escribir en consecuencia.

Luis Wainerman Gonilsky nació el 30 de junio de 1945 en Buenos Aires. Actualmente se desempeña como investigador en el Instituto de Investigaciones Filológicas *de la UNAM. En 1971 publicó un estudio literario titulado:* Sábato y el Misterio de los ciegos.

USIAS DEL LINYERA

Las razas frigoríficas se habían lanzado en sus carabelas al mar en busca de la Especiería, el continente indígena donde se cultivaban los picantes, las nueces moscadas, las mostazas, el tomillo, los jengibres[1] que impedían la putrefacción de los cadáveres así conservados para ser comidos.

Cuando la marinería gritó ¡Tierra! descubrió "Vacalandia".

Los indígenas vacunos no supieron reaccionar. Antes de llegar los conquistadores frigoríficos se habían dividido en dos bandos: uno el de los toros de lidia con cabezas de águilas y otro el de las reses de carnicería con cabezas humanas que tenían en las faldas, los lomos, las paletas, marcas indicadoras al cuchillo para ser descuartizadas. Pero ninguno de los dos sabía a ciencia cierta cómo se evitaba la opresión progresista que traían a manos llenas las razas del rigor. Tampoco sabrían que hasta ese instante habían gozado de la serenidad contemplativa y posibilitadora.

Las reses de carnicería recibieron con contento los esmaltes[2], los cencerros[3], las fotografías y espejitos que les fueron entregados en forma fraudulenta.

Cómplices de ese instante apocalíptico y triste, al aceptar en sus pezuñas los regalos, imprimieron una huella digital en el vacío. Sintieron que las razas frigoríficas, con su prepotencia, no se impondrían a los aborígenes de carne y hueso sino a las meras cosas cadavéricas. Un enorme vacío se produjo. Tanto fue así que se prescindió de trenes a las 15:30 de la tarde en el momento mismo que la línea Jufre daba comienzo al sabotaje. La del Roca, solitaria, a las 15 y 37 detuvo los vagones en los lugares en que se encon-

1. otra planta 2. barniz vitreo
3 campanilla que se cuelga al cuello de las reses

traban. A las 16 y 5 el Ferrocarril del Enredado fue abrazado por los otros. Todo quedó paralizado, detenido, desierto. Nunca se fue tan lejos en el arte de no decir nada.

Una avidez afiladísima recorría la tierra seca y polvorienta. Las especies que otrora irguieran sus frutos y sus flores debían rendirse, darse por vencidas, sumergirse mordiendo la arena para transformarla en humus negro.

En la Sociedad Caníbal largas colecciones de cuchillos aguardaban que se les sacase filo para dar comienzo a las faenas bajo la mirada tarda de los idólatras vacunos del Regimiento Tauro.

Los Toros Alados Jeroglíficos habían decidido que Vacalandia fuerza zona de reserva y de matanza, de exterminio, y no de expoliación y hambre. Ninguna raza tenía *in eternum,* fijado su derecho a existir. ¿Por qué privilegiar las aborígenes?

Los nobles partidarios de una Europa Ecológica, los somnolientos que alentaban la restauración de la teocracia solar en América, los arrieros de Dios, los domadores del diablo y las transmigraciones de las almas anunciaban al León Herbívoro.

—¡Muú, muú! —rugió el León Vegetariano—. Matar animales encierra una bajeza moral.

Eso sólo bastó para que los de lidia inclinaran sus cabezas de águila y arañaran la tierra para embestir bufando.

El Regimiento Tauro se apresuró retrocediendo a acantonarse en los corrales. Cuando entró el último soldado se levaron los puentes.

Lentamente crecía la conciencia de la liberación obrera. Ya se abrían los portones.[2] Empuñando sus martillos y tenazas perforaban las cadenas de las máquinas. Se ponían las camperas y salían a ganar la calle. Al pie del Aeroparque aguardarían que descendiera aquel León anciano, Duque de los Descamisados, Magno Ferroviario que al promediar el siglo pintó con los colores de los ángeles los trenes animales.

1. usurpación
2. Según Wainerman: puertas grandes de fábricas

Cuando cesaron las sirenas y descendió la noche me quedé atento, con la mente quieta: ¿cuál era mi volumen pulmonar, cuál su frecuencia? —¿alusión a la polución del aire?

Mi enfermedad por la existencia crecía y se afirmaba. Yo no me había abandonado al mundo como los benevolentes pacientes animales. No podía morar en el presente que vivía ni podía mantener relación abierta alguna con los otros seres. Siempre me les colocaba en frente inspeccionándolos curioso o añorándolos nostálgico.

Mi pulmotor errante se desplazaba lentamente. Venía a desencadenar las piernas en que ambulaban afligidos un millón de ferroviarios y abolir las torturas de los trabajadores de la carne.

—Tente piola,[1] Ferro Carguin. No te salgas del molde que en el gobierno están los sindicatos —susurraba mi padre desde su aliento largo.

Pero yo bien sabía que mientras siguiese normalmente mío el propio aliento no se me impondrían recorridos. Seguramente, al llegar a Mataderos, mis pulmones se abrirían prorrumpiendo en llanto:

—¿Cuándo romperé el ayuno? Ya me llevaba nueve meses.

Sobre mi vehículo chasqueaba mi escupidera rota y se amontonaba mi equipaje de linyera. Por debajo yo viajaba encapsulado, sediento, insatisfecho. Con todo el cuerpo dentro de a ratos extraía la cabeza pispiando, husmeando, como pocas veces amenazadoramente. Volvía del exilio. Las ráfagas del polvo azotaban el desierto.

—Muchos dicen que habitar la provincia es no vivir, no respirar, que nacer es como abrir el pulmón al llegar a nuestra aldea.

Hacía seis milenios que no aportaba por mis pagos. Ignorante de los hechos más recientes no sería improbable del todo que el proletariado más consciente celebrase el nacimiento de un mesías. Así yo renegaba por anticipado de mi familia de empresarios, renunciaba a sacar beneficios del chacinado de cadáveres. Solitario y triste planifiqué mi so-

1. Según el autor, "modérate"

cialismo durante ayunos largos cuando me retiré al desierto pampa. Yo abrazaba siempre cualquier causa perdida.

Aprender el idioma, formar una experiencia, oponerme al socialismo transatlántico, hallar el alma de la chusma negra y humanizar a los pudientes blancos era parte de mi ideología. Pero mi apuro consistía en llegar a la ciudad capitalina antes que un cierto carguero de esperanzas.

Me tenía intranquilo la llegada de mi padre al mundo. Pronto entre nosotros surgirían diferencias serias. Según me había sido dicho, me había regalado la vida generosamente; pero resultaba que era gringo y yo aborigen, cabecita negra. Por eso fue que siempre le gané de mano a pesar de su ventaja.

Se decía que pronto arribaría el barco. . . ya nomás está tocando puerto. . . que su pie desconocido se desplazaba por la escala y que miraba con esperanza gringa las fértiles llanuras —linda cara ha de venirle cuando descubra que su hijo se le había adelantado y lo aguardaba en el puerto disfrazado de lumpen-proletario.

Mi padre había venido de una provincia en llamas, de una provincia que quiso conservarse a toda costa a otra provincia de puertas que se abrían. Vino con una raza de gringos capataces y no hubo original para inquietarse. Nadie se volvió para mirarlos mientras estaban bajándose del barco.

Sólo traía de su tierra el retrato de un viejo socialdemócrata abstemio, ateo, respetable, de barbas blancas, de levita y de chaleco. Un retrato bajo el brazo cuando llegó a la Aduana. Luego tomó el Federico Terroña, alquiló una pieza junto al Mercado de los Cerdos, allí colgó el retrato y lo demás fue duro y largo de contarlo.

A pesar de todo habló del amor, de la esperanza; habló del socialismo terrenal, de la pureza del hombre del retrato; y habló de formar sindicatos libres porque allá en la tierra de donde había venido hubo hombres, hermanos suyos, según decía, que estaban construyendo un edificio incomparable.

Después levantó su fligorífico y, en la cabecera de su

cama, dejó su marco alambicado al retrato del viajero socialdemócrata extranjero. Luego yo vine al mundo y, al comprobar que los padres no satisfacían las demandas revolucionarias de sus hijos, me hice socialista.

La noche de mi nacimiento contemplé largamente al viejo anquilosado; en la penumbra le pregunté si se sentía cómodo en su estante. Y aunque hablábamos idiomas alejados. . . le pedí que me contara sobre su tierra. . . y del diario de ayer, con que cubrieron el rostro de mi padre, mientras llovía para nadie sobre los charcos que mezclaban el barro con la sangre de los mataderos.

Viendo que el primer acceso se acercaba eché un grito en la rada para avisar mi nacimiento.

—Tente piola, Ferro. No te salgas del molde. Mira que en el gobierno están los compadritos de la carne —susurraba el Espíritu, mas Ferro Carguin no lo oía.

Los trabajadores exigían que les fuese devuelto su Mesías, el León Herbívoro, Duque de los Aborígenes, espécimen del trabajo social y la Justicia, Magno Ferroviario a quien; según había trascendido, los hieráticos sinarcas frigoríficos lo tenían secuestrado en una isla bajo custodia del Regimiento Tauro.

Marchaban juntos la estupidez y el crimen. Sobre los frigoríficos no ondeaban insignias de principios sino marcas de fábrica a lo más intestinales, marcas de que los asesinos de animales se jactaban porque no se les habría ocurrido otras con más gracia ni ingenio.

Pero en lealtad a su espécimen los proles ferroviarios pintaron los trenes de sus líneas y mientras no borraron la pintura no se transportó animal alguno.

Los partidos ecológicos tuvieron en el gremio ferroviario a los campeones de la obediencia al Duque. Este les traía no otra cosa que los albores del Dolor Universal y un largo sacrificio.

Puesto que fui concebido en medio de una huelga me uní a los gremialistas que, a pesar de ser nativos mientras yo era blanco, de alguna manera se incorporaban a la Histo-

ria como yo: en la acción de vivir un nacimiento. Todo lo que quería era que mi naturaleza fuese reconocida de inmediato; que se dijese: —No come carne. He aquí el Mesías que esperábamos.

Nadie, claro está, pudo escuchar en mis primeros gritos las consignas oportunas de la clase obrera y, de súbito, mis propios compañeros de trabajo me expulsaron. Me corrieron negros cuya salvación me concernía. Dijeron sobre el pucho:

—Miren al pendejo. Viene trasnochado a divulgar transatlánticas doctrinas. Se autoproclamó elegido y a nosotros nos considera un blanco pueblo. Debe hallarse en parte equivocado.

Cuando por fin me acorralaron, antes de recibir el cuchillazo, proclamé supersónicamente mis creencias:

—¡Viva el León Herbívoro! Y que devuelvan a los desapropiados la plusvalía que les arrebataron de los frutos del trabajo.

Recién entonces abrí prudentemente mis dos ojos y con mi mamadera en el regazo sobre los pañales desgarrados vomité un chorro de sangre. Llevé mi mano a la garganta. Palpé un hueco donde faltaban mis amígdalas. Flor de partido mediría si ya al abrir el juego había perdido los alfiles.

Un número furioso de enfermeras con sus inyecciones en alto, preparadas, esperaban el momento de aplicármelas. Debían comprobar mi consistencia. Si era lo suficientemente apto y fuerte para asimilar las vacunas y antibióticos bastantes para proteger la vida de un ternero.

Extrañado suplicaba un paradero más confortable que mi incierto transitar entre las dos brutales estaciones: Matadero y Cementerio. En el de mi nacimiento ningún obrero me escuchó, nadie tomó mi grito por bandera. En las carnicerías se seguía chacinando carne humana.

Como al Niño Jesús, recién nacido, antes de darme tiempo de estirarme, me salieron al encuentro para asesinarme cabecitas negras por quienes yo venía a procurar la salvación. Pero un segundo antes tres arcángeles les salieron al paso.

 1. tonsils

Descendieron raudamente y deteniendo los garrotes populares revelaron mi verdadera identidad.

Según ellos yo me habría pasado de revoluciones y un Tribunal Desconocido y Alto me tenía bajo la competencia exacta de su severidad.

No entendía nada. Eran las 15 y 30. Los ángeles de blanco, con uniforme de inspectores, se volvieron luego a mí. Sin protocolo me descendieron de haber errado en pulmotor.

Sobre el piso brillaba mi vieja escupidera rota. Habían depositado sobre el andén mis usías de linyera, vagabundo; y lo poco de viaje que hube hecho me lo perdonaron:

—No vuelvas a subir. Ya ves que no te hacemos daño. Los guardas somos ángeles, y el barrio en que naciste: Mataderos. ¿Quién te dijo que los doloridos y en penuria redimirían a la Humanidad entera? La Historia ha declarado prescindibles a los santuchos albigenses y a los sindicatos subversivos. Ha ordenado que sus respectivos dueños o destruyeran o quitasen de la vista pública o se llevaran a sus casas los bronces y los yesos, los emblemas, las insignias que cubrían las efigies del León Herbívoro y su Pantera Blanca. El tren que tomaron los de Lerma, los de Jufre, los Aguirre, con toda su extensión y las barreras y señales, cubierto de alquitrán fue clausurado. Si cuarteados los asientos te pescamos otra vuelta con tus usías sucias encimadas sacándole filo a tu navaja, se ha de soltar sobre tu nuca un correctivo menos blando. No estamos para cuidar levantamientos.

—¿Qué había sido de los gremios subversivos? ¿y del Herbívoro Duque de los Desapropiados? ¿Cómo conciliar esas palabras con el rechazo violento de que yo había sido objeto por parte del proletariado?

Parado junto a mis valijas, con las excéntricas ropas en que pescaron este cuerpo mío durmiendo en el vagón desierto, mis cueros santorales iban forrándome la cara de inocente. ¿Cuánto más me retendrían no participando de la huelga? Con uniformes victorianos, desacatando el paro obrero, los guardianes de los templos aún perseguían los

santuchos que viajaban sin boletos. Uno de los sacerdotes aseguraba haber sido consignado a guardar mi viaje especialmente. Con sus extemporáneas amonestaciones iba reduciendo mis maquinaciones al plano subjetivo. Pero ¿a qué se debía que me tratasen como a un simple pasajero?, como un recién nacido, un embrión cuyos esfuerzos por crecer jamás terminarían. Tan fácilmente ese sectario se olvidaba de mi título de hermano. Desprotegido había nacido prematuramente.

—He sido responsable de una máquina Diesel. Aún conservo en mi nariz el fuerte olor del caburante. Reconozco cada una de las operaciones de trasmutación de la energía. Me forjé en la metalurgia, soy obrero. Por las noches en mi cuarto de pensión en Paradero, antes de dormirme contemplando la luna, con mi ciencia angélica y segura he entrevisto todas, todas, las meteorologías, los buenos vientos, los impulsos propicios. Con temple y disciplina los excesos de mis revoluciones he compensado siempre. ¿A qué viene ahora esta penitencia?

Por única excepción, si alguna duda me quedaba en la trastienda, aún me concedieron la donación de responderme. Me pidieron que tuviese bien formulada la pregunta y preguntara pronto, porque el tren se les iba y apremiaba el tiempo.

—Primero continué mis pensamientos:

Mis derechos, acaso, ¿no he pagado todos? Por derecho de piso ¿no dañé los retenes de mi mente? ¡Qué solo me había quedado con mi imaginería! ¡Quién me había ordenado proletarizarme, pegar mi frente al piso! Pero aquella tuerca, que nadie sabía si se me había perdido, ésas no eran horas oportunas de buscarla; y al fin les pregunté con esperanza plena si el aire respirado tenía realmente aquella inócula virtud que en el pulmón del yoga, decían, redomaría mi pranificación hasta el sosiego:

—Sé que ustedes poseen el secreto de la quietud y el movimiento. ¿Cómo se hace para que la respiración surja espontánea y libre? Yo no tuve gurú. Tantos malvivientes

fueron mis maestros y tantas artes delincuentes en Mataderos se fomentan que por falta de amor, por ignorancia, atribuí virtudes a las malas maestras y en mi asombro más tierno me vi envuelto en ese negocio de mataderos y burdeles. A pesar de mis vicios vengo de un hogar teocrático; y es justo que lo diga, porque no tengo confesión ni fe muy definida, me siento culpable, reculpable, de mi origen y mi raza. Saber que el suegro de una amiga de la sobrina de un cuñado de una prima de la esposa de un pariente del padre de mi hermana administraba batifondos raros para bajar de peso y rejuvenecer a los aventajados. Allí tenían su parada compadritos distinguidos que competían en concursos de belleza. Pero acaso ¿son menos culpables los desgraciados ganapanes, los canas y comisarios que estuvieron arreglados, y el sacerdote muerto bajo las sábanas de la gorda Margott? Tal vez a mí se me culpe de sacar un interés en regentear a una piba de familia buena. Yo no veo delito en hacer ganchos. ¿No somos desde niños novios? En las mejores aulas del colegio nos sentíamos en deuda a nuestros padres. Hasta que, al enterarnos que sus progenitores separaban muy en claro la vida familiar de la vida de la calle, nos afiliamos al Partido. Hemos pagado en socialismo lo que sufrieron las muchachas encerradas sin familia, ni muñecas, ni cuadernos de clase. La vida serena que a nosotros nos había tocado había sido para tantas un sufrimiento y un perjuicio. Y llegado mi momento me quité la camisa y me hice proletario. Era duro el trabajo. Pero en cuanto mis compañeros me nombraron delegado se me alivió la carga. Para el pago de pensión debí, en un principio, aceptar la colaboración que me brindó mi dama.

Así fue como yo le enseñé a callejear, que conociera el compadreo de su padre y que pagara. . . Sin mi intervención ni la propia hija de mi padre se habría enterado. . . Sé que no es digno sacar tajada de la paga ajena; pero es larga mi historia, muy larga, muy larga mi manera de seguir pagando; ya verán.

—No es necesario esta disculpa. No te devolveremos por ahora, a tu motor de hierro, como haríamos con cualquier incorregible. —El Guarda me reconoció haber sido sincero, más que sincero; haber bocinado en alta voz lo que apenas si convenía decírmelo a mí sólo y haber exagerado gravemente el reconocimiento de mis fechorías:

Vienes de un hogar donde, si oyesen estas culpas acaso tuyas, nos dirían que tú eres puro cuento. . . hasta cuando te echas cargos encima. Extremando tus culpas ganarías en que te exculpáramos por excesivamente responsable más que por verdaderamente puro. Bien sabemos que tu falsedad es entrever la Teocracia y defender a los caníbales y negros. Falsa la adhesión que prestas al León Herbívoro y los sindicatos subversivos. Se dice que Jufre, Velazco, Aguirre, fueron los primeros conquistadores. Cuentan que domaron los primeros potros, carnearon las primeras reses, se comieron en persona sus hermanos asados. En cambio tú: un cochero proveniente de empresarios matarifes que en poco tiempo aquí se enriquecieron no se sabe cómo. Hijo de esa inmigración reciente descubriste a los nativos aborígenes y pretendiste convencerlos. ¡Cómo se te ocurre! Pero aun cuando en boleterías admitan que sin usurpación te diriges hacia tus heredades más legítimas, sólo proseguirías huellas. Desde retaguardia imitarías a los adelantados ambulantes por las mismas estaciones que fundaron abriendo tierra virgen. No te propongas abrir milagrosamente nuevas líneas. Todo está colonizado y descubierto. Mucho antes que cualquier planta se apoyase en este Virreinato los Guardas hemos custodiado desde las Indias Orientales las caravanas de los ambulantes.

—¿Qué quieren decirme? ¿Son ustedes heraldos de una causa perdida? ¿Tienen algo que ver con ese gremio que envió a las Cruzadas obreros sacerdotes y que en valles de Egipto levantó, dio paso y agremió a los Constructores de las Vías? . . . Ahora entiendo, algo me insinuaron mis hermanos perseguidos. ¡Oigan! No se escapen, no se vayan y me dejen en esta incertidumbre. . . Oh, perdonen. . . Creo

1. grupo, reunión, corporación

haber sido inoportuno. No quisiera cometer indiscreción. Precisamente eso me advirtieron. Pero ¿es cierto que los Guardas, ustedes, son pastores bondadosos de mayaditas de trenes? Les ruego solamente que me indiquen esa calle, si entre ustedes hay alguien que la sepa, por donde no sé cómo los yoguis drenan su sangre allí donde su mente.

El curso de la conversación había tomado un giro totalmente otro. Era muy pobre lo que yo había. Apenas si me había versado con mi pulmón de ferroviario:

—Hay obras que no sé, que no me explico, a pesar de mi tesón para anotarlas y tomar constancias. Si en tal incertidumbre me he perdido, ¡cuánto más se extraviarían los místicos comunes! El yogui, el liberado en vida, que no haya sido un operario ¡qué sabe de la alegría de obrar uncido al yugo! ¡Qué obraría! Mas ¿dónde está el yugo, dónde, y dónde la libertad?

Tras esta prueba mía de diligencia y preocupación tuvieron hacia mí su aprobación gentil y una pregunta:

—¿Cuáles son esas obras?, ¿qué conversión propician? Te has convertido en vegetariano demasiado pronto. Aún no estaba preparado tu corazón para volverse herbívoro: no tenía el soplo suave. No sabías alimentarte del rocío. No respetaste la frecuencia y cantidad de las comidas, abandonaste la dieta de tus padres cuando empezaste a practicar posturas gímnicas extremas. Tanto tiempo acostado con una víbora que te rodeaba por el cuello fue la causa de sonarte la columna. Descuidaste los lavajes ablusivos como si no hubieses tenido baño para higienizarte. Tu locomoción dependía de la reproducción de tus impulsos, de asimilar y eliminar el combustible, ventilar las combustiones, controlar los cambios, cumplir las instrucciones, pero sobre todo de la entrega a tu obra, tu mutación confiada en el Zodíaco. ¿Cuáles son esas obras? Si las hurgamos un poquito verás que tienen la eficacia de la albañilería, la unidad de acción entre el diseño claro y el desempeño nunca distraído. ¿Cuáles son? Tal vez podríamos darte una respuesta —y me ofre-

cieron sus desintereses evidentes acomodando sus orejas para oírme.

—(¡Les digo?) Les diré la obra menos turbulena y que precisamente descuella por la amplitud de su servicios: saco el aire con media exhalación; elevo la energía desde el perineo hasta el diafragma; allí la dejo, la retengo. Pero al no respirar, cerrando las compuertas, equivale a la muerte. Entonces obrando contra todas las creencias el iniciado convierte su deseo: Las vísceras, sin inhalar y suavemente, trepan hasta la cavidad de los pulmones cerrando más la puerta. Ocluída la glotis, bajan, vuelven, tornan hacia su situación primera para que el corazón, que ha muerto, así lo entienda. Y el corazón lo entiende. Sin simulación, sin fingimiento, se humilla ante el pulmón; para que el pobre, contrito por la asfixia, se sienta satisfecho. Reconciliada por su ejemplo la intimidad emprende su tarea de difundir por toda la ciudad la buena nueva. Pero el alma, extasiándose en la muerte, ya no sabe el punto del espacio ni el instante del tiempo para abrir como un resorte la compuerta. Si el mundo se recobra sin sus frenos, con una inspiración que lanza al alma bruscamente hacia la vida de nuevo, el nacimiento. . .

– ¡Basta, Ferro Carguin, basta, suficiente! Ya la conocemos. Es sin duda nuestra llave maestra. . . La usamos para muy excepcionales ocasiones. . . Pero ¿cuál es tu duda?, tu duda filosófica; si la mecánica, al menos, expusiste con buen temperamento.

—Bien. Esta llave, noche tras noche, hice girar con repetido éxito. ¿Por qué al anunciarse la mañana el sol me vió que al no girar la llave me hundía es muy grave decaimiento? ¿Está el error en repetir intentos?. Y finalmente, al recobrar el mundo en mi experiencia, ¿he prolongado la violencia sin frenos de mi nacimiento?.

—Como colono de segunda agua recorres las rutas que iniciaron los Adelantados —me recordaron los satánicos. No ¡tenían! en cuenta la manera de consagrarse los Principios; ésta era que, una vez conseguidos, consagrados, al

reiterar el seguimiento daban Fuego. ¿Cómo entonces no reiterar el seguimiento, el adelanto?: —¿O es el Fuego una chispa que se enciende si nos toca en suerte? continué— Si las cenizas y el vapor y el temple no ejemplifican la creación del fuego; y si el fuego, a su vez, no es más que un polo de principios tanto como él supremos ¿quién, por encima de los elementos, justifica que todos ellos giren adheridos a una rueda? ¿Como una rueda el pensamiento desaparece y reaparece?.

¿Qué hay detrás del movimiento? ¿Nada? ¿O tiene el Movimiento Inteligencia? ¿Mas de qué vale si, en olvido de su jerarquía, rota?. Hoy, por insensato, he podido ingresar en estos pensamientos . . . pero puede que mañana no lo pueda . . . o me sea imposible seguir mi pensamiento . . . o si llego a pensarlo puede que sea un modo reiterativo y frívolo de especular . . . Si alguna vez con estos pensamientos estuve por encima de la fatalidad, la perdición y la ignorancia ¿por qué hacerme repetir de grado, degradar mi condición de ferroviario, bajar mi escalafón mandándome de vuelta al barrio y que todo recomience con aflicción, dolor y miedo? ¿No ponía mi cabeza en mis maniobras?. He dejado escritas, en forma de poesía, mi sístole,[1] mi diástole,[2] y en relación a ellas varias rutas y la bomba del motor por la que mi locomotora inhala, exhala, despertando al movimiento. Conozco los controles, los aguantes para cada época del año, y he tenido muchos momentos de felicidad, de rara inspiración y venturanza. Explíquenme, sin embargo, cómo tantas veces me pierdo y ya escritas y experimentadas no reconozco mis experiencias en la nomenclatura de mis propias palabras. Aun cuando ¡fui! quien las había escrito. Es en esto, en la Sagrada Guarda, que quisiera por el consejo vuestro ser guiado. Ello es mi meta. Lo demás, el el callejeo y el trabajo solidario, me tienen sin cuidado.

Fue ahí que, inusitadamente, me felicitaron:

—Nos alegra que hayas comprendido el valor de la práctica constante. Los grados iniciáticos no se alcanzan de una

1. poeticamente, la licencia que consiste en usar como breve una sílaba larga. 2. licencia poética que consiste en usar como larga una sílaba breve

vez para siempre. Lo que importa es descubrir todos los días que no valen de nada si no se los escala cada vez.

Desgraciadamente estuvimos de acuerdo; y digo "desgraciadamente" porque, al haberse adueñado de la brújula secreta que justificaba mi desdén por los maestros, me privaban la singularidad de adelantarme colonizando tierras nuevas.

Por travesías de vórtices eléctricos mis turbulencias ingresaron aplacadas al Invierno. Una castidad desconocida para el común de los maquinistas ambulantes en soledad me transportó hasta la calle más interna. No la hubiera encontrado bajo el consejo de los guardas, prosiguiendo "caminos verdaderos" y promoviendo traslados de lugar.

—Guardas son los yoguis, los sujetos, los Iniciados exclusivamente; que, después de haber domado sus deseos, pastorean bondadosos y conducen sus majaditas de anhelos. Y eso, que es libertad y es obediencia, lo sé perfectamente por habérseme hecho comprensible entre líneas de unos mamotretos sobre vidas de santos albigenses donde abordé variados organigramas de un cátaro Terroña, y otro valdense Migre. A través de la política utilizaron sus conocimientos iniciáticos para especular con los becerros.

Cundió la indignación por la ajustada cadena de mis increpadores. Me respondieron que el aprendiz que tomaba a la ligera a sus antecesores había de quedarse sin genealogía, pero solo y sin hermanos:

—¿A colación de qué desvías la seriedad de tus apreciaciones con menciones tan groseras?

—No reconozco autoridad ni pena. A un yoga las penas no lo afligen. Estoy más alla del dolor. No tiene vigor la "Ley de la Vagancia" que a ese par de satanes promulgara contra los devotos ambulantes. Dicten mi sanción, si quieren. Lo que más me encerraría sería estar absuelto. Aún no he comprendido por qué causa si sobre todo aspiro a iniciarme en los misterios callejeros, en sus secretos guiños y señales, sea de los ángeles un juguete mi Destino; sea mi vagancia el encierro de estorbar y entorpecer con chistes malos la

1. Toros de menos de un año

flemática mefítica empirística de los ferrocarriles generales Terroña y Migre.

Los guardas titubearon. No podían revolver manija sobre mis cambios de sentido. Los habría trabado que una vez cantado mi destino, encerrarme en la vagancia, me apropié de la plenitud del sentido y les prohibí sin más ni más toda fórmula ajena a mí mismo con que pudieran enrejarme o afligirme.

Con solemne escribanía un guarda sacerdote extrajo de su portafolios una proclama y la clavó en uno de los postes. Me daba risa verme sancionado por las medidas de un pretencioso sindicato. El cartel rezaba así:

Definitivamente, el reingreso a lo Eterno se te veda.

Luego me certificaron que no había caminado del todo mal hasta el momento, pero mi estilo de cacharlos se me habría hecho sempiterno:

—Tus pavadas chistosas obedecen a peligrosa fluctuación en tus humores. El aprendiz que nada en sus humores mas se finge en un destino se insufla y se extravía. Entonces el aire que respire se volverá tan flojo que aquella tejedora que anuda en su paraguas los plazos y las fechas confundirá entre sus varillas su baba con el viento. Así concebimos el Destino: a tus espaldas y a la vista nuestra. Entonces no te esfuerces en trabar nuestras manijas ni te quejes de tantas veces perderte. No te extrañes que una vez vivida tu experincia quede oculta por la nomenclatura esquiva de tus ironías. No somos quiénes para enjuiciar la práctica interior de tus servicios. En ellos se vislumbra el interior de una experiencia intransferible. Pero surge que en el nombre de tal personalismo quieres faltar al plan que programa nuestro Gremio. Obediente a tu ficción justificas tu falta de obediencia. De allí tu dejadez, tu no tomar en serio los aprendizajes. ¿Para qué nos molestamos en dejar escritos, legislados indicados y provistos los horarios, llaves y caminos?. Finalmente, con tu tren disparatado, en tu desenfreno, no nos haces la venia o enfilas por desvíos que alargan el sendero

y, siempre, siempre, siempre, terminas en la vía contraria a la propuesta.

—Y sin embargo digo que yo entregué constancia de haber recibido mi experiencia y que me abrí camino con mi programa puro. Tuve muchos compañeros que se desfiguraban por cumplir a término la entrega; llegaban a la terminal y comenzaban a fingir haber revisado las planillas de sus desempeños. Si no las tenían hechas al momento de llegada imitaban lo que se le ocurriese para satisfacer los superiores obstinados rigorismos. Lo que nunca cuestionaban era si a los horarios vuestros, a vuestras indicaciones, no les faltara acaso la interior resonancia de sus más desobedientes expresiones. Ya, verdaderamente, me olvidé de mí por completo. Armé tal mezcolanza en las nomenclaturas que de aquí para adelante ni se me ocurre cómo comportarme, cómo salvar las apariencias de portarme como vine haciéndolo. Renuncio a las palabras. Me comprometo a ni pisar un tren, a bajar la mirada cuando cruce mi vereda un oficial de sano juicio y me niegue sus consignas fraternales. Renuncio a los vehículos, mi experiencia no merece su saludo.

—Esto es justicia: reconocer la propia culpa. No marcaremos faltas en tus pases. Te dejaremos en libertad a condición de guardar respeto a tus maestros, saber que sin su concurso no se llega. Te sería bueno servirlos mientras dure tu vida. Nuestros bastones dados vuelta se harán los zonzos mientras estén abiertos los barrotes de tu celda. Y no te olvides que el ángel de la guarda, el medidor, está en frenar cuando te excedas. En cuanto al desenganche . . . para cuando estés maduro . . . sobra tiempo. Los guardas somos ángeles que hemos domado trenes, somos los gauchos de la mano izquierda. Ahora no te agachés. No te tratés de guacho pues no es cierto; tu casa es firme, constante y verdadera. Aprovechá, mejor volvéte. Desde mañana, así que te habitúes a tu mayoría, no será necesario recordarte cada día tus cuidados.

—Gentiles ángeles, si acepto de vosotros mis dislates, si en sigilo he de volver al barrio humilde ¿me admitirán al

menos oír la melodía de mi viaje astral desde el potrero? Daré con mis poesías el testimonio del tranvía que venía metiendo traca-traca por el cementerio. Viajaré en colectivo 8 por mi barrio, reconoceré en cada giro las muchas vueltas de mi gurú sonriente. Todo lo irreal que he vivido cuando nadie lo supo nunca. No los ancianos de mi cuadra bendijeron mi viaje ni me mecieron en la cuna en que me vieron nacer. Allí, junto al fantasma de un acompañante femenino, suicida como yo, me he tumbado en la vía del tren abierto. . . En la Ciudad del Dolor vimos y vimos. . . Esa extensión vacía, los payadores la cantaron en infinitas puntuaciones. ¿No oyen orar a las papusas?. Flores nocturnas crecen en los potreros cercanos. Adiós, no tengo miedo. En los aledaños cantaré a la Constancia y al Trabajo. No me importa la miseria si la tengo que sufrir en los galpones ni las desdichas que soportaré en los manicomios y las cárceles.

—¡Alto!, tu lengua está en peligro —me frenaron— Tal vez dentro de un siglo no exista más, se haya extinguido. Los pueblos de hablas coloniales no hablarán más sus respectivas lenguas de símbolos caníbales.

—Ellas guardan las doctrinas que no quieren revelar por ser humildes —proclamé, y volviéndome a mí mismo, víctima de una cólera impotente:

—¡Doctrina!, no me largues a mí a vivir en sombras. Yo, que en ti me he confortado y en cada uno de tus apotegmas he creído y sin esperar nada de ti, he fortificado mi paciencia . . . no me olvides. Tal vez yo sea el último rapsoda en tu litera sin vehículo.

—Ferroviario, basta de juegos de palabras; te has enredado en tu tela de araña. ¿Qué testimonio ofrecerías de una Arabia en que apenas si viviste?. ¿Qué agregarías?. Tu memoria desconoce que, antes que subieras a tus estribaciones, adelantados anteriores acudieron a la vega enredándose a sus liras; por ejemplo, el sarmiento de Facundo . . . cuando se vio obligado grabó con el alma fuerte: "las ideas no se matan" y prosiguió su escapatoria física por la cordillera. A tu destino no le faltan precedentes. Primero fue Virgilio,

después Abderrabihi; así llamado porque, poeta de culturas periféricas, fue borrado por el viento . . . y plagiado, según dicen, por un zorro florentino, para no hablar de tantos otros que al pie de nuestro Padre ¡quién los recuerda! se atribuyeron las primicias.

La Historia me trascendía muy con su importancia. Lo decisivo en cambio para mí fue el sólo haber aparecido, y contemplé los arrabales. Esa mirada suelta valió más que todo un manifiesto surrealista.

Se miraron entre sí. Me señalaron:

—Esta cosa chiquita ha decidido que el centro del Universo tiene su sede en Mataderos, qué papelón: poner de contrabando su propia rima al pie del Padre.

Luego continuaron sobre mí sus reprimendas:

—. . . De tus nomenclaturas no hay una sola letra que se diga tuya. La corona en la frente del rapsoda es usurpación, premio inmerecido. No merecen laureles quienes, como los zorros que borran sus huellas con la cola, no brindan información alguna de sus procesos imaginativos. No los merecen quienes arrojan con astucia la escalera que los encaramó en la gloria para usurpar en Tierra el Lugar Suyo, el Lugar Suyo. Pagan sus enredos con su propia estulticia: ésta será recuperar en la altura de ¡nuestras! dominaciones la sorpresiva imagen más vulgar de lo frecuentemente visto: matarifes que investidos en sus fracs de crottos arquetipos . . . ¡Bueno! Dejémoslo de lado. No nos fatiguemos con tus obras de poesía. No guardamos mal recuerdo del zorro florentino: atribuyó a Virgilio la inspiración de poemas en realidad copiados a un lejanísmo compadre que no se conseguía en librerías. Con tal arte despistó a comentaristas que picaron el anzuelo por haber clamado la "justicia" de: —No, no es cierto que haya habido copia del latino! Y se quedaron discutiendo si hubo o no hubo copia, o si más bien era legítimo haber volcado las versiones del árabe y latino en idioma materno cuando en realidad era el islamita quien se encontraba oculto en los textos del toscano poeta. Y ciertamente no era de gravedad el tal delito porque: no

porque hubiese en la *Divina Comedia* habido copia sería para menos su buena nueva, su novedad. El guarda de Alighieri vivió su propia actualidad irrepetible. Como nadie, sabía que acción era un instante fugitivo y el fierro que empeñaba los esfuerzos de sus contemporáneos iletrados no tenía retentiva. Eso es lo que vale. No de todos es ése, llamémosle, "din don" informativo.

Entendí que después de muerto el florentino la "galerie" de personajes suyos nos había yugado a andar gesticulando sus manías. Los humanistas creerán, entonces, nuestras creaciones amordazadas por remotos mitos, inferí.

Prosiguieron los guardas frigoríficos: —Ocurre que estamos hartos de excursiones de turistas, visitas de idólatras que en nuestras esferas reproducen sus fronteras o sustraen nuestras dominaciones a sus estrechos límites . . . No aspiramos dejar como memoria las leyes de vuestros mataderos insensibles. Nosotros, los ángeles, hemos perdido la orientación y las señales que nos hubieran conducido por los magnéticos caminos del espacio. En este paradero terreste, antes todavía que Abderrabihi, hemos itinerado caravanas. Ascendimos a la cima de un monte donde no pisó nadie, donde no puso el pie, mano del hombre. Cuando, jadeando, los poetas crean elevarse hasta nuestras celestes melodías, no habrían más que oído la bocina confianzuda del colectivo azul que tomaban en barrios singulares. No te ofendas si te ponemos en condición de paridad tu verdadero sitio.

Entonces ¿no habré de oír desde el potrero la melodía primigenia? —bajé la cabeza resignado. —Comprendo. . . Nada capto de las idiosincrasias delicadas y finas. Mi falta de elegancia me lo impide. —Vencido, casi desplomándome, les hice conocer mi mayor falta: —Tengo hambre. ¿Me permitirán gastar mis últimos centavos en un pequeño sandwich?

Dirigieron sus vistas hacia un quiosquito que yo les señalaba.

De pie algunos parroquianos sin horario de comida conversaban, tomaban vino y comían tacos y empanadas.

—¿Esas son las costumbres que adquiriste por haberte dado al ambulaje? ¡Comer fuera de casa! Qué manía justificar tu vida de ambulante repudiando la mesa bien servida y sentándote en un restorán al paso. ¿No puedes postergar tus apetitos hasta subir las escaleras de tu casa, pedir disculpas a tus progenitores y preparar tus granos de cereales en fuego lento y sedentario?

Luego, en presencia mía, formaron una pira y echaron varios tomos de vigorosos y aventurados poetas en lenguas marginadas e idiomas que murieron:

—¡Quién los lee! Total. . . se los llevó el olvido. Han ido demasiado lejos en el arte de no decir nada.

Extrajo uno su navaja de peluquería. Con un cuero la afiló rápidamente. Otro espumó el jabón con una brocha. Me pasaron una servilleta blanca por el pecho y me agarraron fuertemente del cogote. Empezaron a afeitarme la barba y a cortarme el pelo. Mis ojos buscaron en las llamas a ver si se encontraba bajo los mamotretos de León Eliphas aquel cuaderno íntimo de tapas amarillas en que me había desahogado escribiendo mi autobiografía como un fiscal del crimen contra otro más enconado periodista; y al verlo circunciso, aplastado bajo el peso de los magos, sabios y alquimistas, rodó una lágrima por mi caro desquite. Oí que me decían:

—Menos mal que no leímos tus encomiables nomenclaturas parvulísimas. Conserva en humildad el último lugar que te ofrecemos. Tu historia, la historia de todos los ilusos ambulantes que vinieron a colonias por no tener heradades en Metrópolis, es una historia prohibida. Mejor que te la olvides. No hagas tampoco tuyas las historias de otros. Te dimos una oportunidad. Recomienza tu vida.

Me volvieron sus espaldas en silencio. Glisaron en sus arpas una melodía que no provenía de peldaños relativos, que no podía ser interpretada en instrumentos ni en clave alguna. Idénticos los ángeles se fueron transportados a escalas de otra altura. El resto de los guardas más materialistas ascendieron al pulmotor errante en que me habían

1. inocentes, de niños
2 iron lung

pescado en negligencia, y en el desaparecimiento de una pesada nube se lo llevaron de mi vista. Uno de ellos, el más parco, el que no había hablado nada, permaneció a mi lado aguardando que los demás se fueran:

—Ya bastante vigilé tu ruta cuando te capturaba el sueño. Sabiamente proveí que las señales coincidiesen, que se te abrieran paso en correlato objetivo a tu imprudencia. Pacientemente he aguardado que desde el fondo de ti mismo le dieses paso a la vigilia. Ahora que lo has hecho quiero que me reconozcas y me quieras. Nunca poeta alguno ha vivido sin ayuda. No hubo vez que habiendo estado distraído transcurriesen tus ensueños sin nosotros, pequeño ferroviario. Tenme por amigo. Soy yo quien te protege y quiere. Soy hereje de las altas cohortes. Por un coyuntura del momento he sido promovido a Patrono de las Vías. Adiós. No acudiré sin que me llames, pero llámame por cualquier motivo.

—Perdón —interrumpí su vuelo—. ¿Cuál es su gracia, Angel?

—En el cielo me conocen por el nombre de Angel Justiano Carranza. Soy un compendio de experiencias disímiles.

El Angel de mi guarda se había presentado en el momento en que partía. A juicio de su teología un mesías no podría imponerse sin dar pruebas suficientes de ¡no! querer acreditar su mesianismo.

Cuando sonó el silbato las chimeneas me dejaron de sus alas el humo del recuerdo.

Sentí que me mareaba. Me caía. Olfateé el desde hace tanto tiempo que no lo percibía olor pesado a sangre de vacunos.

Comencé pesadamente a desplazarme por los cercos y corrales. Los animales resoplando impacientes aguardaban la firma del mazazo único en la nuca. Con su mirada humilde caerían de rodillas a los pies del matarife.

Jamás había sentido que hasta ese instante último entre los mármoles del frigorífico comencé mi vida.

EL APRENDIZ DE FERROVIARIO

¿Angel Justiniano Carranza? ¿Angel de mi guarda? Algo recordaba a un inflexible ferroviario que en una competencia de aeronáutica defendió con honor a los trenes de mi barrio . . . venía ahora con arbitraria canonjía a revisar mi historia y denunciar mi mesianismo.

Estaba por cruzar las vías, me surgió que:

—Y yo soy Carlos Delgardo. Los cantores me imitan con envidia. . . ¡Ferro Carguin, cómo te tomaron el pelo y cómo te echaste atrás! . . . ¿Por qué razón tropezaré en necesitarte, Angel Carranza? —y crucé la vía sin mirar a los costados.

De esa manera caí de vuelta al noviciado.

Estaba flaco, muy cambiado, no me reconocieron los vecinos.

Intranquilo, acostumbrado a la movilidad extrema, a los silbatos, atender la caldera y la palanca, pasar de la palanca al freno, mi virtud más ventajosa había sido la versatilidad para los fierros. La interrupción de mis capacidades operarias, la idea de quedarme a vivir definitivamente en Mataderos, me sacudió como al potro salvaje que por vez primera recibe el arnés y la montura.

Cómo se podría entrar de incógnito. Abrir sin miedo la puerta de Terroña, subir los escalones cuyos peldaños me quedarían chicos, encontrar a mi familia, entre charcos de sangre revivir experiencias ingratas, aguantarme, ser hombre donde moraban las reminiscencias que me ataban a los tiempos de pibe.[1] ¿Cómo combatir la castración, que me tuvieran agarrado? Sentir en la melena la caricia de mi madre, compasiva, lamentando mi desgracia:

1. Rioplatense por chiquillo

—¡Pobre hijo! No haber tenido hermana . . . ¿Con quién te casarás si tu padre y yo no te la hemos dado?

—No, por favor, les ruego. No me compren un obsequio semejante. Arrojaré por la ventana las cacerolas si me trajeran una extraña. Por tanto les ruego. No me obliguen a una conducta de violencia.

Por la noche mi padre me inquiriría por mi viaje; inclinándose sobre mi cara, miraría a mi madre, haría con la cabeza un signo de alejarla. Antes de que lo obedeciera, indignado preguntarme si era cierto que yo había ensuciado el nombre de su hija y "nuestra" casta. Luego recibir el cachetazo. Yo decirle:

—Ahora me pegás. Cuando crezca no perderé oportunidad de poner en práctica las buenas enseñanzas de tu casta.

Y pensar que una vez atravesé este barrio con mis insignias ferroviarias, aunque más no fuera solamente una vez, a toda máquina. ¡Cómo luchar contra tan avanzada no velocidad! ¡Cómo hacer para no desatender la marcha!

En medio de la Avenida del Trabajo debí reponder a los contactos y me arrojé de espalda al suelo tirando trompis[1] a las manivelas,[2] trompis para agarrarme a las palancas. Mientras los controles escapaban, los autos me pasaban rozando por milagro.

Al rato sonaron las sirenas. Los bomberos me rodearon, también un carro policía. Me agarraron de las piernas y me doblaron los brazos.

Los vecinos se juntaron hablando en idish, libanés y en italiano. Todos coincidieron:

—Ese chico está loco. Vive en un remolino videnciando ángeles. Es, seguramente, una tuerca que le falta.

—¿Alguien lo conoce? —preguntó el sargento.

—Sí, es Ferro Carguin, el pibe de Terroña, hijo de don Córtaz Carguin. Su psiquismo anda mal. El padre es propietario de una pequeña casa de matanzas. Quiso que estudiara, que se hiciera grande, pero él solamente buscaba disgustarlo, crear conflictos laborales entre los operarios.

1. Puñetazo, golpe
2. Palanca acodada con la se imprime un movimiento de rotación continuo al eje al que está fijada, manubrio

Se comenta que dejó solitos a sus padres y se fugó una madrugada. Andar errátil, vagando como un pobre diablo, era para él proletarizarse. Se emborrachaba, profetizaba la llegada de un León Herbívoro. Iba al sindicato y se jactaba: "Yo no soy galeote", "vagos, laburen, a la noria". Luego predicaba el ascetismo de los vegetarianos y hablaba a los compadritos de la carne para desafiliarlos. Si eso le parece "delegado". . .

—Mátenlo. Es un intelectual, un teócrata anarquista —vociferó un tupista blandiendo unos herrajes.

—Denle con todo. Es un drogadicto, un buscador de trazos imaginados por el delirio en el cerebro. ¿No ven cómo quiere "alusionarnos" en materia de cambios ecológicos? —me defendía un veterinario flamante, ex compinche de escuelita primaria, distinguido, mencionado por la Prensa, como uno de los jóvenes valores que enorgullecía al barrio.

El pródigo que había regresado sentía muy lejos la distancia, la ventaja, que le había sacado en las carreras sus ex compañeros estudiantes.

Miraron mi cara sucia, los desgarrones de mis pantalones y mi saco. Sí, por supuesto, era imposible pensar que yo estuviera sindicado, que tuviera mis licencias por trabajo, mi aguinaldo, mis vacaciones pagas, beneficios sociales, y que cuando me patinase un poco el seso la patronal y el gremio se preocuparían por mandar médico a casa.

Una larga comitiva me cruzó la calle. Yo imploraba:

—Por favor, no me asistan, muchas gracias.

Dos policías me tenían por la axila. Ya reducido me tranquilizaban. ¡Esa escolta que es santa!, policías que se quitan la pistola y recogen los huérfanos y ancianos, que con piedad samaritana juntan las vísceras partidas de los transeúntes arrollados por las máquinas y las guardan en arpilleras por cualquier reclamo.

La comitiva, más numerosa cada vez, torció por Arrabales, por Terroña, hasta la puerta de mi casa. Con lentitud procesual, escalonada, me devolvían a mi patria. Felizmente

mi madre tenía la costumbre de salir muy temprano a hacer las compras. Encargándose personalmente no confiaba a nadie sus bolsos. Tal costumbre me aliviaba de toparla y servir de ocasión a sus escándalos.

Por fortuna salio Biela, mi hermanita mayor. Casi se vino abajo: me vio con tanto protocolo; tanto acompañado un caminante que nunca se había dado con nadie. Su grito, retenido en la garganta, hizo retroceder a los misericordiosos de mi barrio, me dejó libre de cuidados. Me soltaron.

Apoyándome en ella junté fuerzas. Yo no era yo cuando me tuvieron sujeto; (qué querían de mí). No era muy que muy distinto el que ahora penetraba al dormitorio tambaleante. Y conseguí ser nadie cuando me tumbé en la cama.

Algo que aliviarme Biela me quitó las botas; un hermano, los guantes. A un costado los dejaron aplastarse con mis pies y una mano desgajados.

Les pedí que me dejaran. Necesitaba llenar con agua mi frasco de ilusiones y sentarme poniendo el pubis dentro.

Nadie me preguntó dónde había estado ni si comí panes de hierro en las locomotoras, nadie me castigó por mentiroso.

Angélica y bendita la Biela llenó mi escupidera rota y me la trajo. Me desabrochó los pantalones, me quitó los calzoncillos y me sentó como un cadáver. Apenas se sumergió mi uretra sentí que eyaculaba un moco largo, interminablemente largo. Como un espermatozoo se depositó enroscándose en el fondo ante la impresión mayoritaria.

Cuando todos salieron me encerré en el cuarto. Me acerqué a la ventana. Me senté como los yoguis. Permanecí quieto totalmente en posición de loto sobre el mármol frío. Me vencía a mí mismo aprendiendo a soportar una postura quieta. Dos días más que así pasase quedaría convertido en perfecto yogui de la India. Pasé por alto un dolor al cuello que crecía sin descanso. Lo aguanté. Hubiera sido flojo no reconocer que el dolor de mis compañeros de trabajo era más fuerte, infinitamente más desgarrador que el mío.

Durante dos semanas casi no salí del interior de dos o tres posturas yogas. Largamente me apliqué a la mugre, los

piojos, los forúnculos y abscesos. Dos largas semanas atento a mi interior y a mi cuidado.

Mis padres me mantenían oculto de la calle. Alguien, una vez, les preguntó qué se había hecho del hijo ferroviario. Ellos no contestaron. Desde el marco de la puerta, abriendo sus ojos afligidos, se asomaron a observarme. Se repitió la historia de siempre.

—¿Por qué no hablan? ¿Cómo no preguntan si me echaron del colegio?. . . ni la verdad de esas calumnias que inventaron no sé quiénes. . . ni dar pie a mi vergonzosa esquizofrenia de decir son ambages: nunca he sido "delegado". Jamás mis compañeros me aceptaron. La Fraternidad Ferroviaria me cerró sus puertas y con ella todas las filiales de la Confederación Obrera. Mas yo no necesito protección ni cuidado alguno anónimo. . . Ah. . . si hubiese tenido a mano una palanca en un suburbio de automatismos voluntarios. . . sin traslaticios. . . por la fe de Villa Insuperable. . . cómo me fugaría sobre los rieles de mi venturanza. No desacertado cuando había decidido desaparecer de casa; ahora, al haber vuelto, nunca habría de salir de Mataderos.

Apenas sí crucé la madrugada trayendo mi solución a los obreros cuando a los ventanales de pronunciadas escaleras me hizo una seña leve la viejecita de leyenda que abrió el calefón del conventillo diez horas antes de encenderlo.

—¡Tempranera! Grande alarma causó y cuantiosos daños materiales.

Ni bien le agradecí por la advertencia temblaron los calefones, las paredes. Violenta la explosión. . . y la ascensión más lenta. Tras las piedras que volaban aluciné que mi silueta atravesaba las paredes del Instituto del Quemado por las vendas. . . y le indiqué el camino a Paradero. Por piadoso que fui le indiqué su memoria futura en las paredes. En mi zorra de mano, degradadora de palabras que no entiendo, me conduje en un sentido figurado, como siempre.

PARA MITIGAR UN PAR DE RIENDAS

Algo había sucedido desde que Ferro se había ausentado de su casa. Don Córtaz Carguin, su padre, había adquirido fama mundial desde que comprobara experimentalmente que podía combatir toda enfermedad mediante la fabricación de proteínas denominadas "anticuerpos".

Después que su organismo hubo de ser invadido por agentes exteriores los líquidos y tejidos de su cuerpo habían sufrido gran trastorno. Pero si sobrellevaba su mal y sobrevivía era porque había desarrollado una inmunidad a prueba de toda invasión por parte de la especie que lo había agredido.

En medio de los delirios de su fiebre concibió que cualquier ser animado podría desarrollar inmunidad y no enfermarse resistiendo la inyección de agentes tóxicos que en condiciones no de inmunidad, condiciones normales, resultarían mortales. Tal era el descubrimiento de Cortázar que ahora habría de hacer público inyectando microbios con agresividad disminuida en dosis progresivas de toxicidad. Con tal objeto implantó en su frigorífico una merced que llamó vacunación obligatoria. En repentino rapto de filantropía había ordenado la vacunación de todas las vacas, todos los terneros, los cerdos de su frigorífico y había extendido este beneficio a los peones, los camioneros que entraban y salían de las instalaciones.Si en las manos de don Carguín hubiera estado vacunar a todos los bomberos, los perros y los gatos, ningún vecino hubiera quedado sin ser agujereado. Las agujas y las fiebres penetraban en las espaldas y las venas de las bestias y los seres humanos con feno-

menal patetismo sin que disminuyeran las luchas sociales ni las úlceras ni la brucelosis.

Sin embargo, la filantropía del idólatra vacuno no había logrado convencer a sus acreedores más próximos. Tampoco a los obreros de su frigorífico. La noche de su cumpleaños lo llamaron unos desconocidos por teléfono. Detuvo su monserga y se levantó de la mesa a atenderlos. Cuando volvió a ingresar a la sala estaba pálido y desconocido. Lo habían maldecido de arriba abajo. También a sus hijos los insultaba permanentemente en la calle la gente del barrio. . . Seguramente por eso de la vacunación obligatoria.

Sus preocupaciones le estaban causando una cuantía de daños en su presión sanguínea y sus úlceras.

Justo en momentos que había descubierto el valor humano de la benevolencia universal los diarios denunciaban sus negociados mientras innúmeros huelguistas colgaban en improvisadas horcas la efigie del patriota carnicero todo pinchado de agujas a las puertas de los frigoríficos: ¡No queremos vacunarnos!

El implacable matarife se tambaleaba por la casa como un toro al final de la faena. Con su eterno cigarrillo entre los labios, con los ojos lagañosos aferrando sus salames sacrosantos, se preguntaba por qué nadie quería la vacuna.

Perdido su antiguo hieratismo se tambaleaba el hombre que había tenido cancha libre para penetrar las venas de sus proletarios favoritos.

La lombriz solitaria, la terrible enfermedad del intestino, había empezado a causar estragos en los barrios pobres, en los consumidores de las porquerías que él producía en su fábrica. Cuando se enteró por los diarios qué mal endémico recorría con su acordeón de muerte los intestinos de los enfermos de la carne dio quince vueltas sin decidirse a levantar el tubo del teléfono para ofrecer su ayuda.

¿Quién daría los pocos centavitos para limpiar los intestinos de los enfermos de la carne? Hacía ya un mes que un centenar de niños pobres, enfermos y empalidecidos apenas sí podía digerir un vaso de café con leche.

Padre Carguin levantó su tubo y marcó con miedo el teléfono del sindicato de la carne. Asumiría todas las deudas de los hospitales, los pertrecharía con modernos implementos, haría arreglar sus techos, pintar sus paredes. Titubeando pidió a la secretaría hablar con Segurola, un peón de limpieza del frigorífico. Esperó largo rato mordiendo el cigarrillo.

Apenas le contestaron don Carguin profirió su nombre propio con julepe y parpadeó como si del otro lado de la línea le hubieran colgado con furor. Cuando se levantó de su asiento aquél hombre de fama mundial no podía ya alcanzar la anhelada paz interior.

A la hora de la cena el pan y las velas de la primera completa reunión de la familia tenían grabadas las letras de los antiguos sacrificios. Reconocían el temor del peregrino y la vergüenza del hijo vagabundo.

Mi hermana Biela no estaba a la mesa. Tampoco Arnesio me aguardaba, tampoco el primogénito. Creía recordar no haberlo visto desde mi regreso a la casa.

Mi madre, más profusa que nunca, puso en mi plato una asadura enorme. Al comenzar a cortarla sentí la culpa de tal vez estar ingiriendo la porción que les hubiera correspondido a ellos. Entonces no pude resistir. Dejé los utensilios y pregunté:

—¿Dónde está Arnesio? ¿Dónde está la Biela?

Papá empezó ansiosamente a buscar una expresión cordial entre quienes cenaban; esto es, entre su talmúdica mujer y yo. No encontró los ojos de mi madre y bajó la vista enjugándose las lágrimas. Lamentó que las enseñanzas depositadas en su hija se disipasen, cayasen al vacío. Estaba en edad de casarse. Pero en lugar de buscar un pretendiente andaba mezclándose con ignotos carniceros. Don Córtaz no hacía más que lamentar.

Doña Talmúdica viniendo a complicar aún más las cosas, contó la historia de su hija mujer, a quien su padre había criado con ternura y constancia. En reconocimiento a ello, al crecer, devolvió con creces el pago a tal dedicación. ¿Qué

había hecho? Había engañado a su bondadoso padre. Este, en observancia del monoteísmo, guardaba las normas dietéticas de su religión. Su hija, con simulado afecto; le había traído jamón picado asegurando obsequiarle "salames sacrosantos" que aquél había comido no sin verdadera satisfacción. De allí, plena de confianza en sí misma, se paseó entre los truculentos obreros de la carne narrando esta hazaña. Pocas horas después vino de paseo por la casa paterna.

Cuando su padre fue anoticiado del sacrilegio que le habían hecho cometer no pudo reprimir el llanto. Pero doña Talmúdica, severísima, no soportó esa falta a los ritos y los lares. Cuando la hija regresó a la casa le impidió cenar con ellos para siempre.

En cuanto al primogénito la situación de la familia no podría quedar peor parada. Al parecer, había sufrido una desgracia. Justo en vísperas de comenzar las faenas matarifes Arnesio había perdido la silueta. La persona del candidato sin silueta no podía ser promulgada ante el gentío en la ceremonia que daría apertura a las faenas. ¿Con qué voz bendeciría a las multitudes? ¿Qué masa de huesos sin silueta portarían los dirigentes gremialistas sobre sus hombros? El patriarca matarife necesitaba que su primogénito fuese paseado en su litera conservando la postura de rodillas y tobillos juntos sin despegar los codos del costado ni mover la columna, totalmente hierático. Los jeroglíficos pedían que la pureza fuese reconocida en un signo corporal. Ninguno mejor que el hieratismo hermético. El gentío valoraba la quietud reconcentrada de los hacendados religiosos. En estado de oración, sobre los hombros de cuatro dirigentes gremialistas; un joven de tradición, familia y propiedad, debería atravesar la multitud moviendo un manojo de espigas para dar así apertura a las faenas. La multitud echaría al aire sus sombreros en punta y se arrojaría con sus cuchillos a matar terneros, pollos y lechones. Encendería las fogatas, clavaría en ellas los cadáveres y haría oír sus guitarras alegres antes de comerse las asaduras de carne. Pero las faenas no tendrían apertura hasta tanto el primogénito del propie-

tario matarife no atravesase hierático y con silueta quieta entre la gente. Ahora, sin potencia ni aguante de quietud, los ritos y los lares de los Carguin quedarían tal vez afectados para siempre. ¿Qué había hecho el primogénito para perder el astrosoma?, ¿quién se sentaría con majestad en la litera jeroglífica para ser paseado en su lugar con obediencia de rodillas y tobillos juntos y un cigarrillo y una espiga en cada mano?

Eso era todo respecto de los ritos familiares. Bien conocía Ferro el altar familiar de la mesa a la que siempre había concurrido agazapado como un condenado silencioso. Según su padre los castigos eran de provecho al alma humana. La de Ferro no se había adaptado del todo a la legitimidad amante del severo matarife. Muchas veces había rezado como una oscura alimaña apoyando los codos en el mantel familiar. Agarrándose fuertemente la nuca había evitado el castigo que merecían sus imposturas y sus ambulaciones. Su vocación de despedido se había hecho evidente esa misma mañana en la manera de subir las escaleras desentendiéndose del oblativo vecindario.

Por lo demás, cuando así correspondía, se lo encerraba en el "cuartito", antiguo baño de servicio en que sólo se escuchaba el dentelleo de las ratas. Su hermano estaría guardado entre los trapos y frazadas del "cuartito". No. Ni quiso preguntar. Tal vez, para perfección de los castigos, tras las escobas y el escobillón rata alguna se asomase para devorar sus genitales. Esperando dormirse presentir las dentelladas que subían bajo el temblor de sus frazadas. En el albergue de las pesadillas ni se escuchaban pobres pibes.

—¡*Pobres pibes*!— Esa noche Ferro Carguin dormiría seguramente en cama limpia.

Hijo, hijo. Nos llena de alegría tu regreso. No es la primera vez que los ángeles se visten de inspectores para amonestar a un niño vago. Debes nacer en nuevo modo, ubicarte en tu nuevo hogar. ¿No quieres ir a la escuela? Te ofrecemos, para completar tus estudios, no trabajar por unos años. . . los que te falten, los estrictamente necesarios.

En mis vagabundeos yo había vivido privadamente mi verdad. Nunca había querido convencer a nadie. Aunque me habían faltado la educación y el habla había elegido ser guía de los doloridos humildes y desapropiados.

—Hijo —se incorporó mi padre— nosotros te teníamos reservado casarte con tu hermana a los fines de no mezclar la sangre de los Carguin en un mundo tan degenerado y corrompido.

— ¡Cualquier día! —me incorporé a mi vez como un gallo jovencito—. Ustedes me van a consolar de las cargadas que me harán mis compañeros de trabajo. Hay un poder joven, una generación entera en pie de guerra esperando el momento de lanzarse sobre los mataderos y liberar a los benevolentes animales y ustedes me van a hacer quedar entre los muros de esta casa casado con mi hermana. Cualquier día.

Desaparecí de la mesa tras el vano de la puerta. Oí la desaprobatoria voz de mi padre.

—Hijo, tú no existes. Eres tan sólo el nombre de mi herencia!

— ¡De tu miedo! —retruqué.

Y mi padre, ahora arrepintiéndose de toda su vida, elucubró:

—Si lo hubiese educado con paciencia: si lo hubiera alentado en su camino y tolerado en la vocación hoy no me vulneraría. Ahora lo tendría estrechándome las manos; y, sobre todo, librándome de vivir contabilizando mis balances. Un hijo ciruja, otro sin silueta y mi hija deshonrada. Daría una vida para recomponer estos irreparables errores. ¿Qué he hecho para merecer esta ignominia? Cuando yo vivía en Carhuá, la ciudad santa, soñaba con ver a mi prima a la luz del sol y a la luz de las estrellas.

Todos sabían que antes de ser su esposa doña Talmúdica había sido de don Córtaz la hija de la hermana de la madre de su hermana; esto es, una prima con la que no hubiera sido conveniente que él se casase. Las miradas educadas descorrían las cortinas cada vez que el joven Cortázar dejaba su automóvil a las puertas de la casa de su tío. ¿Y por qué ahora pretendía que su hijo eligiera con un amor menos libre que el de él? ¿Era justo y existía tal obligación sobre la espalda de un hijo?

Desde el sagrado y misterioso altar de las monsergas Ferro se dirigió al dormitorio. Pasó frente al cuarto de su hermano. Oyó una voz destemplada y sin timbre salmodiando mal:

Las quiosias quie aquí sie vierion
nio sie han visto ien iescritura:
quiomier lia priopia iaisadiura diel hiermiano
Ieran niuestria quiara y lodo todo iuno.

Ese salmo dolía en su garganta como si tuviese clavado un cuchillo. Sus quejumbres provenían como de los padecimientos de toda una raza.

—Si yo no fuese capaz de calmar el dolor no quisiera ser matarife —pensó Ferro y abrió la puerta de su hermano.

Allí estaba en posición hierática, reteniendo las respiración, manteniendo los codos al costado y las rodillas entre sí pegadas con tremendo esfuerzo. Como un caballo todo vendado de riendas, arneses y correas mantenía en sus brazos los pergaminos de la Ley. Dos correas sueltas en inseguro hieroglifo daban vueltas siete veces alrededor de su brazo y tres alrededor del dedo medio. Sobre la frente, en el sitio donde comenzaba a caérsele el cabello, justo sobre el entrecejo, mantenía un estuche de oraciones mientras un arnés lo rodeaba por el cuello representando en persona la vieja tracción a sangre de las carretas de animales superada por las locomotoras y los ferrocarriles. Arnesio había perdido la sugestión del movimiento, la caligrafía fina de sus proporciones, la firmeza y el ritmo. Podía moverse lo que quisiera, de costado, hacia adelante, atrás, pero nunca coordinaba la gracia de sus líneas. Una y otra vez ajustaba los nudos de las palmas y la nuca en orden inverso o como habían sido puestos. Su arnés, con las correas puestas, circuncidaba sus brazos y cabeza mal anudados sin lograr

formar las letras del Divino Nombre. De sus labios no salían las sílabas sagradas de "Shaddai".

–¡Hermano! –prefirió viendo dibujado sobre el fondo de la pieza al primogénito que había despertado en sus padres el entusiasmo de guiar los primeros pasitos del hijo.

–Ferro, ¿vos?. . . Ayúdame, por favor. No puedo seguir solo en esta diáspora.

–¿Qué te pasa?, por Dios. ¿Se puede saber? Hablá. . . rápido.

–He salmodiado mal. En lugar de hacer un fuelle rápido y luego una retención profunda he comenzado directamente a proferir las oraciones. He venido alterando el orden de las respiraciones cada vez que creí haber cumplido con ellas. Ahora no se me ajustan las correas. Sueño pesadillas y concibo pensamientos demoniacos. Tiemblo permanentemente. Mi corazón se ha vuelto veleidoso y prescinde de los alientos de justicia. Desde que el León Herbívoro, Organista de los Pibes, prohibió el incesto Occidente ha vivido feliz. El cambismo ha permitido que las mujeres se cambiaran de familia a familia como vacas. Al haberse cada hijo de tradición, familia y propiedad dedicado a la agricultura y renunciando a casarse con la propia hermana aseguró la multiplicación de los mercados donde los productores llegan a elegir mujer para casarse y cambiar los productos de la tierra. Fue extraña cierta profecía anunciando que "una argentina potencia habrá de desprenderse del cuerpo muerto de una res". Esta ha sido imposible develar. Teólogos y psicólogos aún se rompen la cabeza. Hemos visto irse y llegar a la ciudad infinidad de arreos. Pero todo ha venido a dar en una verdadera plaga que es el activismo cambiario desencajado. Han aumentado las satisfacciones inútiles. La veleidad ha reemplazado el tesón sano de los agricultores del antiguo tiempo. Todo debe tener precio y se cambia por cambiar. Todo debe cambiar y transformarse. Un pato puede ladrar y una flor salir de color verde. El mundo está trastocado. Ya no existe reposo. Nadie compensa sus pequeñas luchas con la amplitud vegetativa del sábado. Para colmo se asesina

vacas, los animales más benevolentes, más tolerantes, son objeto de sacrificio por parte de gente carnívora e impura. Ocurre que los Toros Alados del Alto Valle se han quejado ante el Mesías de los Descamisados. El León Herbívoro ha prometido volver para lavar con fuego el sacrilegio. Esto no hubiera sido posible si no hubiéramos, todos y cada uno, puesto freno a nuestra inclinación natural al incesto. Ya se ha prohibido las corridas de toros. Mal hecho. En el brillo de las lentejuelas que usan los toreros para su trajes está dicho, si bien en modo deficiente, el astrosoma, el doble corporal, la rectilínea silueta. El torero que se aproxima seductoramente al toro aplaca la violencia generando energía en el razonamiento. Aprovechando la energía del toro del deseo los pases suben por la capa hacia su silueta. Si este ejercicio se ha prohibido, entonces para extraer energía, habrá que. . . oh, qué horrible. No quiero pensarlo. . . Habrá que masturbarse. . . El mayor coraje consistiría en aparearse con la propia hermana. Ya se ha pedido a los elegidos, a los puros, a los hombres que viven de cereales, tubérculos y habas, que no mezclen sus sangres con los vientres infectos de los carnivoristas. Y, siendo tan escasos, entre sí desconocidos, que cuando una hija no tuviera un prometido ecológico para asegurar la descendencia pura, que se la casase a la fuerza con un pariente cercano. Anteayer nuestros padres decidieron que esta noche yo contrajera enlace con la Biela en el interior del tórax de una vaca. Ya que el primer génito de amor es el verdadero lo natural es casarlo con la hermana.

La noticia del enlace entre hermanos, fuera de sus innecesarias justificaciones, golpeó en el pecho de Ferro Carguin. Estúpidamente, en el mismo momento, se tranquilizó pensando que eso era perfectamente normal. Arnesio, como primogénito, dejaba a Ferro sin el vientre de su samaritana protectora. Además, la Biela era mayor que el último de los muchachos varones cuyos derechos carnales quedaban de ese modo más en duda: Ferro Carguin se quedaría soltero. Soltero.

Pronto, muy pronto, habría de volver por Aerolíneas el León Herbívoro y para ese entonces, había dicho, quería que una civilización renovadora fuera religada a partir de un grano de cereal y un matrimonio entre hermanos. Con aún mayor misterio se había generado el maíz desadornado en Perú y el trigo milenario en Egipto.

Arnesio continuó:

—Sin embargo, desde que papá me está obligando a este casamiento, no puedo mirar a la Biela en la cara, sueño pesadillas, tiemblo y las correas no me ajustan. Una y otra vez retorna a mi recuerdo el episodio infantil de aquella vez en que jugábamos de niños y yo la castigué. Y cómo luego llorábamos juntos. Mi cuerpo ahora no puede mantener el equilibrio. Ha perdido la silueta. Mi voz no tiene timbre. Decae cuando debiera elevarse. Se me ha agudizado cierto vicio. Con el traje que me regaló mamá cuando ingresé a la escuela de veterinaria me complazco como un torero pasándome las nalgas por las manos. Esto me confunde y descalabra. No podré ser un marido y alguien tiene que serlo en mi lugar. Si yo fuera digno te pondría el arnés y las correas para que me reemplazaras. . . Te lo ruego, loado sea el hieratismo sabático de los Toros Alados.

A pesar de mi sorpresa no me resistí, en principio, a cumplir al pie de la letra un sinnúmero de gestos en un muy incierto papel. Yo desconocía el sentido último de esa ceremonia. Cierta noche, en una reunión de ferroviarios había oído que cuando un joven da su amor a una hermana de sangre el reguero del escándalo se propaga de inmediato. Los vecinos que custodian la tradición y la familia en las esquinas del barrio natal los maldicen y abominan impidiéndoles salir más nunca a la calle. Sin embargo, en virtud de pactos antiguos, proyecciones de voluntades milenarias, mi existencia adquiriría dignidad y coherencia celeste. No me resistí a ser pasivo de una mayoría sublime, la de la casta, la de nuestros antecesores frigoríficos.

—Bien —respondí—. Observaré el mandamiento de llevar las riendas puestas día y noche y yo iré en tu lugar y haré

1. chorro continuo de una cosa líquida

que los Toros Alados cuenten este episodio como si hubieras sido tú quien se casara . . . ¿Cuál es el salmo que debo proferir?

Profundamente agradecido, el primogénito, con los ojos llorosos descargó sobre mí una serie de oraciones tumultuosas. Apenas si pudo repetir la que en su lugar yo salmodiaría aquella misma noche:

"Las cosas que aquí se vieron no se han visto en escritura: comer la propia asadura del hermano. Nuestra cara y lodo, todo uno".

Lo recité una vez los dos juntos y otra vez por separado. Besé piadosamente a Arnesio y salí.

Esa noche los compadritos y sensuales carniceros mezclarían sus alientos y cerrarían los ojos para oír a las serpientes de los caduceos ascendiendo sin quebrarse a cada quejumbre.

Nadie se daría cuenta que Ferro y no Arnesio rodaría las ruedas del ferrocarril.

Su hermana y sus padres estarían aguardando al primogénito ante el altar del corralón.

Ya el gentío popular comenzaba a reunirse en los sindicatos.

La voz del farolero gandul Carlos Delgardo cantaba a sus compadritos:

Aquí está la elegancia
qué finta, qué silueta,
qué porte, qué arrogancia,
qué clase pa' bailar.
Parecen filigranas,
ahora una corrida, vuelta una sentada,
sintiendo en la cara
la sangre que sube
a cada compás.

Mientras cruzaba el patio de la casa Ferro trató de adivinar la silueta de su hermana suelta como una flor

antes de ser desposada. Alguna vez, mientras ella curaba sus dolores, él había sentido el calor de sus pechos y sus muslos preparándole las gasas y algodones. ¿Estaría ella al tanto de los no pocos secretos dolorosos a que había sido confiada la casta de los Carguin?. De todos los tabúes el que más aceptación había generado hasta entonces entre los jóvenes de patria, familia y propiedad era el que no les permitía elegir esposa que no fuera de la propia casta. ¿Por qué el incesto se volvía ahora atávicamente obligatorio?. Seguramente los hieratismos[1] frigoríficos querían conservar la herencia pura.

En el establo próximo ya mis padres estaban aguardándome. Junto a ellos el tórax vacío de una vaca con bien torneada columna, con exactas, dibujadas costillas. También el gentío y los compadres valoradores de la arrogancia y las siluetas.

Al verme hicieron señas de que me apresurara. Me llamaron aparte con apuro. Me preguntaron si conocía los salmos. Contesté que sí. Me colocaron un arnés al cuello y me rodearon los brazos y la frente con un par de riendas. Ceremonialmente me pidieron que aceptase unos herrajes y los pusieron en mis manos. Había pertenecido al Egipto teocrático de los abuelos de mis padres, aquellos de mis antecesores cuyo oficio había de heredar porque alguien tendría que afeitar las cabezas de las vacas y enchastrarse de sangre.

Acercaron a mi boca un cáliz antiquísimo y me hicieron beber sangre de ternero humano.

Me hicieron que oliera largo rato y escuchase cómo sudaban, bufaban y con pedidos de auxilio mezclaban sus alientos con el mío los pobres, aterrorizados animales.

Amontonados, apretándose, empujándose, elevaban sus mugidos y sus quejas. A través de los corrales por donde serían llevadas de a una hasta el verdugo ninguna vaca nunca había salido con la vida. De pronto comprobé que hablaban castellano, que con enorme patetismo me pedían:

—¡No nos mates, no nos mates! —y con unción sagrada

1. que pertenece a los sacerdotes o tiene las formas de una tradición litúrgica || — Fig. que afecta solemnidad extrema

conjugaban el verbo ser copulativo— Tú eres, ella es, yo soy, nosotras somos.

Cuando traté de responder comenzó a tronar el cielo. Mi padre alzó los ojos fervorosos a una luz que se intensificaba por encima de los corralones. Mi madre permaneció hierática, sin tocar con las manos las barandas.

Era yo el elegido para continuar el ejercicio, el sacerdocio más infame e insensible.

Se abrió el galpón y se oyó el coro de los Toros Alados:

—No adorarás imágenes. No fornicarás por fornicar. No comerás carne de animales. Permanecerás casto y herbívoro mientras dure tu vida. No codiciarás la mujer de tu hermano. No te mezclarás con carniceros. Conservarás tu herencia pura.

Cuando se disipó la Voz Monoteísta de los Toros Sagrados un número de céfiros revolotearon sobre mi cabeza y las vacas se acercaron a lamerme.

Me agradecían haber aceptado describir el panorama doloroso de la especie vacuna que mis padres habían adoptado para torturarla. Yo sobre mis rieles cargaría describir sus creencias animales, sus benevolencias inútiles para liberarse de matarifes poderosos e invencibles; encargarme, sobre todo, de anunciar la llegada del León Herbívoro.

Tras esto desfiló una multitud de personajes hediondos y groseros cubiertos de infecciones, de moscas y de pústulas. Discutían sobre la peste bubónica, la adivinación de la suerte a través de la lectura de los excrementos, de peleas entre toros, de vacas preñadas y terneros mal paridos. Mi padre se irguió para recibir de ellos las reverencias que le brindaban con respeto.

Yo pregunté quiénes eran y me respondieron:

—Somos los encargados de nutrir con alimientos especiales al ganado, de criarlos y engordarlos en invierno.

—¿Cómo es que os habéis atrabiliado tanto? —inquirí.

—Hemos comido por demás temiendo meses de pobreza. Teníamos por costumbre comer "para después" como si las partículas proteicas permanecieran almacenadas neutral-

mente. Nos figurábamos guardar las proteínas indefinidamente limpias en nuestros intestinos como se haría con las carnes en barra, envueltas y enfriadas asépticamente. No contábamos con que la putrefacción era parte normal de los procesos vitales. Nos creíamos inmunizados comiendo alimentos enlatados en conservas y viviendo en la mugre . . . y ahora cómo estamos –deploraron.

Detrás vino un grupo de ancianos venerables, de barbas canosas y brillantes, con frentes despejadísimas, atentos a discusiones nobles y elevadas. Conversaban acerca de las bóvedas celestes, la gravitación de múltiples estrellas, sus conjunciones y sus altas bodas. Les pregunté quiénes eran y me respondieron:

–Somos los miembros superiores del Partido Ecológico. Nos alimentamos con frutas y verduras. Nuestra simplicidad es voluntaria. Propiciamos un nuevo estilo de vida. Nos preparamos para el reinado del León Herbívoro y el advenimiento de una futura teocracia en América.

–Os conozco –respondí–. Vosotros sois sabios y nobles. Cuando los pastizales se agoten y nadie se engañe acerca del resultado inútil que ofrece sembrar una hectárea de pasto para los vacunos en lugar de trigo para los seres humanos entonces la Humanidad empezará a oíros seriamente, a consumir cuantitativamente menos y a preferir la vida simple. Mientras el resto de los hombres no puede apartarse cincuenta metros de los consultorios médicos vosotros sois testigos de Jehovah y os negáis a las transfusiones de sangre. Vosotros eleváis el grado humano por encima de todas las cabezas y aseguráis el progreso evolutivo de la especie. Loado sea el dios monoteísta que me ha puesto en vuesto camino.

En lugar de aceptar mi laudatorio panegírico los miembros del Partido Ecológico buscaron con sus ojos largamente mi persona no comprendiendo la frustación en que yo me debatía por ser vegetariano.

–Hasta ahora hemos sido testigos de Jehovah y, en efecto, nos negábamos a aceptar la transfusión de sangre. Mas

la semana pasada se nos ha negado la personería jurídica iniciándose sangrientas persecusiones sobre nuestros partidarios. La sociedad carnívora se ha sentido atacada cuando uno de los nuestros desobedeció las leyes que exigen la vacunación obligatoria y desmintió la tan divulgada superstición acerca de la existencia de microbios. Apostó que una dosis de carbunclo suficiente para matar diez chanchos no podría nada contra él. En presencia de una multitud carnivorista se hizo aplicar un tanque entero de bacilos no pasteurizados. Al instante cayó redondo echando espuma negra por la boca y retorciéndose bajo las convulsiones y la fiebre.

–¡Llévenme con ustedes! –grité, pero mis padres se interpusieron:

–Ferro, esos fanáticos pretenden hacerse seguir en el suicidio. Ponte con tus padres a trabajar en el frigorífico.

–Yo soy vegetariano. Yo no cuido al "frigorífico" –y corrí hacia los ecólogos.

–¡Ferro, si te adhieres a esos fanáticos no serás más mi hijo!

Pero cuando sorteando el cuerpo de mi progenitor me lancé hacia las siluetas de los miembros del Partido Ecológico, éstos se evanescieron. También vi retroceder a los infectos matarifes que engordaban al ganado. Las vacas que me habían lamido las manos y se habían expresado en castellano huyeron espantadas. Yo me había ofrecido en oblación a un culto conservador y milenario por cuyo sentido ideológico total no se me ocurrió preguntar. Pero cuando me quité el arnés[1] y las riendas para oír la palabra superior de aquellos portadores de una historia venidera, cuando intenté dejar de ser la pieza de un ordenamiento que yo desconocía y renegado a responder como depositario evacuativo de identificaciones anónimas pasivas mis padres me mostraron su poder: yo había contribuido a interrumpir la solemnidad ceremonial y malogrado la emoción sagrada.

Entonces corrí a casa como un rigoletto engañado. Entré y me quedé petrificado ante el espejo con los dedos, los

1. Armadura; guarniciones de las caballerías

ojos y la boca intensamente abiertos pero sin conciencia. Había perdido toda idea del tiempo y el espacio.

PULENTA Y PAJARITO

Atontado, mientras vagaba por la casa, días después escuché a mis padres comentando lo peligroso que sería dejar en mis manos la responsabilidad del frigorífico como así también que yo no tuviera oficio y que en tal sentido lo que les había fallado era no otra cosa que la pedagogía. Antes de hacerme ingresar a la herencia de la casta yo debía comenzar por ser esclavo. Para ello, lo mejor sería hacerme trabajar fuera de la casa de mis padres.

También comentaban la necesidad de comprar una nueva picadora de tocino para estar a la altura de los últimos adelantos de la época y hacer frente a la competencia de los otros frigoríficos.

Una tarde salieron y me dejaron solo deambulando, como muchas veces, por la casa.

Cuando regresaron, mi padre no se podía tener de la alegría. Había adquirido la anhelada picadora de tocino y a mí me había conseguido un patrón para un trabajo milagroso. Al verme deambulando solo, me tomó fraternalmente y me habló sobre cierto futuro oficio mío. Yo sería, al parecer, el esclavo de un hombre singular, a quien se conocía en todo Mataderos porque llevaba espantapájaros al hombro por la calle Terraño. Era cazador de aves. Necesitaba un aprendiz que los despellejara y los vendiese para el guiso entre los del vecindario.

No me explicó mucho más pero, al parecer, el trabajo en sí mismo no me rendiría gran salario. Este dependería no más que del servicio que prestase. Me concedió no divulgar mi empleo entre los vecinos. Lo contrario me ocasionaría las burlas de los incomprensivos carniceros.

En principio dudé. ¿Qué pasaba, por qué se habían vuelto tan de golpe comprensivos? ¿Intentaban aún ocultame el abanico de manejos con que me habían confundido? ¿Habrían advertido que yo no les seguía el juego? Me ofrecían un trabajo. Y bien, ¿por qué no aceptarlo como mío? Después de todo significaba no estar dentro de casa, pisar lo menos posible el hogar paterno. No estaba mal la idea. A mí solo no se me hubiera ocurrido. Sin dudarlo mucho reconsideré el conchabo. Lo acepté como mío. Era preciso demostrar que el ferroviario triste no estaba mal parado, que era capaz de sujetarse y cumplir una rutina esclavizadora.

–Acepto. Está bien –transé sencillamente y, para estupefacción de mi padre, me hundí sin protocolos en una marea de pensamientos raros y de cavilaciones.

Esa misma noche papá y Arsenio bajaron al frigorífico. Se subieron a las plataformas de la picadora de tocino y se pusieron a armar las puertas –trampa.

Había animales que metían la cabeza y forcejeaban tanto que atravesaban los alambres. Para evitar tamañas mañas cruzaron con trabancos los intersticios por donde pasarían las piernas de las reses, enroscaron pedacitos de alambres dejando libres las agudas puntas y las dispusieron apuntando en todas direcciones. Armaron la máquina en redondo. De esa manera los animales chúcaros no se lastimarían durante los arremolinamientos.

A Arsenio le tocó alambrar la porción más alta, aquella que embretaría la res entre la primera fila de dientes evitando toda posibilidad de dejarla salir como había entrado.

Cuando terminaron se pusieron a distancia para contemplar, con todas sus paredes inclinadas, las plataformas por donde caminarían y trabajarían los obreros. Precintos, lonjas y monturas gigantes, desagües, escurrideros y secaderos por los que los animales no tendrían más remedio que salir hacia adelante corcoveando al ñudo molidos por los dientes de la picadora gigante y, sobre todo, las poderosas ruedas para aplastar sin miramientos las carnes y los huesos de los asombrados animales.

Luego salieron, y yo detrás. Cómo se espantarían los del gremio[1] dentro de pocas horas al ingresar al frigorífico y escuchar tronar la nueva máquina.

Arnesio, recuperada en parte su silueta, imitaba el paso de los obreros abrumados bajo el peso de la reses; aterrorizándose, largando todo en el momento que la picadora de tocino descargase sus primeras ruedas por la ciudad de la matanza.

En casa mamá, Arsenio y la Biela continuaron celebrando la industrialización de la muerte, la impotencia de los gremios cuya lucha social en favor del pleno empleo se aplastaba bajo el avance irrefrenable del desarrollo tecnológico.

Por mi parte me acosté. Entre las sábanas oí que también mi padre abandonaba tempranamente su alegre familia, se colocaba su pijama cómico y con saltos de mono ingresaba a su cama. El, como yo, tendría que levantarse muy temprano para acompañarme donde estaba establecido que se me daría algún trabajo que me hiciera inmortal.

Entre burlas todavía alguien canturreaba sus salmos. Mil esfuerzos malgastaba para entrar al dormitorio.

Golpearon.

Abrí.

Arnesio, con paso mímico e incierto. Calculando las distancias, cayendo, arrastrándose en llegar hasta mi cama y poder aferrarse. Imitaría la entrada miserable del hijo pródigo al hogar paterno. Burlonamente se quejaba de haber fracasado:

–Ojalá pudiera, como otros peregrinos ferroviarios, hacer un nudo con las piernas en lugar de caminar descalabrándome.

–De las imitaciones mecánicas e inútiles provienen todos los males –senreí sin darme por aludido–. No tuviste pudor. Tu danza en honor de las vacas faenadas fue grosera e inconveniente.

–Deberíamos mantenernos alejados. Uno de los dos habrá de fracasar. No podemos los dos ser triunfadores profirió como un oráculo.



Pero yo no veía motivos de pelea. Tal como lo entendía, los dos podríamos triunfar en el chacinado de cadáveres. Yo en su transporte y las ambulaciones. El como carnicero y descuartizador:

—La misma constitución de los países admite que cada uno sea óptimo en lo suyo. Si los frigoríficos faltaran, ¿de qué serviría el transporte ferroviario? Y si hubiese frigoríficos sin embarcaciones, ¿cómo recibir el ganado en pie de las estancias? —argumenté ingenuamente— ¿Por qué no aceptar un organigrama completo en el que lo que cada parte necesitara fuera abastecida con lo que le sobrara a las otras?

La familia Carguin, como toda Vacalandia, cargaba un hígado en pie accidentado sobre una pantorilla solitaria.

—Fracasar, para mí, sería ser un carnicero triunfador. Si yo hubiese sido el primogénito te cambiaría todo el figorífico por un plato de arroz integral —concluí simplonamente sin percibir que podría estar ofendiéndolo.

—Ja, ja, ja —río groseramente—. Una locomotora y una vaca totemizando la Patria. . . ja ja ja. Daría el alma por conservar mi silueta descalabrada y mi idiosincrasia.

En eso, entre los barrotes de su jaula, un gato pendenciero maulló extrayendo sus garras y se oyeron con toda claridad los pasos de mi padre. Aquél que había permitido a su hijo hacerse ferroviario, que viviese en la miseria y que sus camaradas compadritos lo golpeasen, sonriendo venía de la calle trayendo un gran paquete de regalos: camioncitos, locomotoras, trenes de juguete. Olvidándome de todo quise correr para ser recompensado. Pero mis piernas no me daban y sentí por mí mismo el más profundo desprecio. Con mezquindad corría a mendigar una caricia. Dolorosamente comprobé que rengueaba.

Primero llegó mi hermano. Cuando yo tras él me aproximé, no recibí ni el obsequio de una caricia en la mejilla.

— ¡Necio! ¡Cuánto te he dicho que no imites a tu hermano! No te hagas el haberte accidentado! ¿No advertís que estás fingiendo y eso es síntoma de loco? Hay países donde

los imitadores devienen rebaños de hombres masa y son llevados con cadenas a la cárcel.

¿Por qué esperar que un padre entendiese a un hijo ferroviario? . . . cuyas gratificaciones provendrían de imitar la falsía de silueta de un patria.

Mi padre, en efecto, me mostró la alborada. Ya había amanecido y yo no estaba vestido para salir a pedir algún trabajo.

Entonces me dejaron solo para que me lavase y vistiese.

Descolgué mi traje, me lo puse.

Cuando salí del dormitorio mi padre me vio puesto ese disfraz:

—Pero no, hijo, si sólo iremos a unos caseríos del Bajo de los Granos. ¿Por qué mejor no te pones tu fajín de ferroviario?

De nuevo corrí a cambiarme.

Salí y subí al coche confundido, con el traje que tantos problemas me ocasionara.

En una calle angosta, antes de que terminara el pavimento, estacionamos. Nos bajamos, caminamos largamente entre calles de tierra y caseríos del suburbio. La intención de papá, el parecer, había sido dejar el coche lejos para no enterar a nadie de que era un potentado. Entre todos los vecinos preguntaba y preguntaba por un viejo mostachón que salía a la mañana temprano con unos aparejos especiales para cazar gorriones.

—¿Quién? ¿Don Pedro Cogolani? —rieron por respuesta los vecinos y nos indicaron un rancho de ladrillos en cuyo fondo colgaba un tendal de redes y se apoyaban en el pozo varios metros de varillas.

Un viejo, ajustándose los pantalones con un soguín deshilachado salió afuera. Se inclinó a mirarnos sin delicadeza ni presentaciones mondándose los dientes. Papá lo saludó, le dio la mano, lo llevó detrás de la tranquera y hablaron largamente mientras yo aguardaba. ¿Hablarían algo. . . ?

Salieron finalmente. El viejo, con los ojos muy abiertos, seguramente por las revelaciones que había recibido sobre mí, miraba atónito a mi padre sermoneándome:

—Desde ahora, Ferro, este hombre te enseñará un oficio. Es bueno que trabajes y disuelvas toda pasión inútil. Como a un padre, le brindarás las gracias solamente porque te permite que le sirvas. No contarás ningún salario porque el único fruto de tus manos será ganar tu vida. —Cuando no le quedaron más palabras puso sus manos en mis hombros casi bendiciéndome y me besó las dos mejillas. Saludó a mi "patrón", dio media vuelta y se retiró satisfecho dejándonos a los dos enmudecidos.

Con una sonrisa confundida el viejo me hizo pasar, me enseñó a recoger los aparejos, colocar sobre mis hombros varias jaulas y las redes. Al otro día, allí donde empezaban las orillas y terminaban el ganado y los arrieros la lenta procesión a los mercados, descubrí la alegría de caminar por los potreros.

Más de un mediodía mientras volvía recorriendo esos caminos cargando con los mistos que cazábamos escuché la canción de las glicinas y con ojos indiscretos divisé en los zaguanes dos hermanas abrazadas practicando un baile. También las vi taparse el rostro y salir corriendo avergonzadas a mi paso.

Nunca fui más útil ni me sentí más feliz. La inocencia orillera del potrero, qué sola y qué inconfesa, dio su lección de amor a los linyeras y una esperanza viva para la gente buena.

Mi tarea modesta consistía en extender la red, el viejo acariciar a su señuelo y largamente canturrearle. Luego atarlo por el lomo invitándolo a saltar y a llamar a sus hermanos pajaritos libres. Disponía a los costados las jaulitas en que pedían la libertad dieciocho mistos y, en el centro; prepotente y traidor, a saltar el señuelo señorito.

A más tardar en una hora revoloteaba una bandada de un centenar de pajaritos solidarios, gremialistas. Se arrojaban sin deliberar y antes que rebotasen en el piso el pajare-

ro grande, mi patrón, pegaba un regio tirón cerrando la red sobre los mistos.

Luego, como si pelara una banana, qué calidad el mostachón mostraba para despellejar en un minuto el pretencioso trajín que los vestía. Por decenas los clavaba a unas varillas largas traspasándolos por los ojitos.

Pero el eje del mundo no pasaba por donde le dolía. Mientras atravesaba las ciudades, los rascacielos luminosos, por el Bajo de los Granos volvían del potrero baldío al mediodía dos irrelevantes pajareros despertando a los vecinos para sus platos ¡cl! de pulenta y pajarito.

Luego de almorzar, a la hora de la siesta, armábamos silbando la red del otro día. El señuelo traidor, bien amaestrado, saltaba en prepotente *pío pío.*

Coro:
Salta, señuelo, saltá
enjaulando tu fiereza en el servicio
a que afinés el canto de alegría
a que afiles de bronca el pico.

Pero un almuerzo el gringo se quejó que su aprendiz morfaba la pulenta más de lo debido y le faltaba en el trabajo velocidad en los nudillos.

No por ignorancia una mañana le quise demostrar al gringo las cosas que el aprendiz sabía. Tendí la red, dispuse a sus costados las jaulitas en que pedían libertad dieciocho mistos y; en el centro, prepotente y traidor, a saltar el señuelo señorito.

En eso revoloteó una bandada de doscientos pajaritos que al escuchar al hermanito pedir ¡socorro! atado a una piernita:

-- ¡Qué red ni qué ocho cuartos!

Por solidaridad, por principio, por doquier se arrojaron sin deliberar y por mi parte yo les cerré la red encima.

Esa fue toda mi filosofía. Fue cosa, después, de descargarles los nudillos nuca tras nuca a las criaturas que no fueron ángeles porque Dios no lo quiso. En dos minutos demostré

ser el más veloz cazador de pajaritos. Había aventajado a mi patrón.

Tras el barullo y los saltos de la cría, el silencio, la sordina.

—¿Ni uno solo quedó? —El pajarero rebuscó su "pacarito", su señuelo querido; como el rentista, entre el metal que depositaba y retiraba, la única llave del bolsillo.

Ni uno solo, doscientos *uno*, fueron en el momento de contarlos. Mientras las presas infernales de mi cacería saltaban y armaban alharaca el señuelo se me confundió con ellos. También él se había puesto a saltar como un boludo y no pude distinguirlo.

Mientras yo lo buscaba de rodillas vi surgir sus alas de angelito. El número doscientos *uno* volaba hacia lo alto dimanado desde el anillo que ligaba su patita a tierra. Con el pico retorcido soñaba el cipayito que en el misterio y gloria de la noche oscura como un pájaro señero timoneaba las miedosas almas de doscientas avesuchas que en él depositaron sus destinos.

Don Pedro Cogolani miró las manos transpiradas de su aprendiz gratuito; quien, jadenado y con los ojos fijos en el temblor de su mentor y guía, se agazapó a esperar su merecido:

—¡Cómo se puede nacer en Mataderos, ser del barrio, del país, y no servir ni para servir un plato de pulenta y pajaritos! Yo. . . que vine de gringo.

El aprendiz puso en los pies la artesanía que sus manos criminales. . . ¡pobre pibe! Y cuando el gringo descargó su puntapié lo recibió la nada del país, un susto que corría.

No por ignorancia, por saber cosas que el verdugo no sabía, bajaban a la escuela del Bajo de los Granos los más calamitosos "anyelinos"; se tumbaban a la orilla del arroyo y así nomás, desguarecidos, mordiendo una ramita a hondazos bajaban pajaritos. Por lo demás fue Mataderos el barrio del olvido. Pagar una condena era provenir de alguna progenie incomprensible. Sólo yo cumplí mi penitencia como en mi corazón estaba escrito.

LA PICADORA DE TOCINO

Cuando llegué corriendo fatigado; al doblar una esquina asistí a la escena más fatal, que dejaría al rastro más definitorio en mi persona y no se borraría nunca de mis ojos.

Frente a mí el Dios Monoteísta con chiripá de niño recorría el Bajo de los Granos aconsejando a los matarifes para que dispusieran sus labores rectamente. Al pasar al lado de mí ni me vio pero torció su cabeza hacia la ilusión del tiempo-espacio.

Sobre el vano de una puerta mi madre corría con la cara vuelta a todos lados. La Biela, más serena, penetraba con sus ojos los tres tiempos: presente, pasado, futuro. Mi padre decía:

Yo, en verdad, fui el que provocó todo esto. Yo, nadie más —y pasó como una bala cargando el cuerpo de mi hermano ensangrentado cuyas piernas colgaban en reguero de sangre lejos de su cuerpo entre marañas de riendas.

Acompañando a mi padre a una matanza Arnesio resbaló y cayó junto a las vacas entre los dientes de la nueva picadora de tocino. Papá se arrojó sobre una manivela y la frenó con fuerza, lo suficientemente tarde como para permitir que sus dientes le comieran ambas piernas. Con su parsimonia de máquina idiota se había quedado masticando los miembros inferiores de mi hermano. La picadora de tocino no había sabido jugar. Tras ella el Destino había acudido en su expresión más próxima y sencilla. Había sorprendido nuestra genérica involuntariedad. Tan enigmático como no dejó de serlo nunca había sucedido en un ámbito familiar. Una vez cumplido se volvía de lo más fácilmente previsto y descontado, pero también de lo más misterioso. ¿Había

sido este cataclismo preparado por nosotros desde antes? La incógnita flotó sobre mi pecho hasta exhalar la fatal convicción: con las piernas de Arnesio pagábamos las innumerables muertes de los indefensos animales domésticos, el impuesto a las familias carniceras.

Cuando entraron a casa fue un revuelo. Los gritos de mi hermano ahogaron en mí toda posibilidad personal. De ahí en más no podría realizar mis planes de escaparme solo de mi casa. Todo se transformó de golpe.

En medio del estrago me enteré a la hora de la cena que la picadora no se había retirado lo suficiente, que lo seguía y carcomía avanzando interiormente por la columna hacia los miembros. Como una larva había salido de su madriguera. Mientras no regresara con los resultados mi hermano se quedaría sangrando quieto, inmóvil. Callado, separado de cuantas palabras de dolor, sin gestos externos era aparte devorado por una dentadura interior a sus entrañas. ¿Sentiría la idea de estar mutilado? La ablación de las piernas le debía hacer sentir una rtina indecible.

Madre Carguin sollozaba que él había entrado sano al frigorífico y que por qué tenía que haber salido mutilado. Don Córtaz la tranquilizaba con que eso era frecuente, que era parte de una patología normal. Aseguraba que ya vendría el médico, que ya sería examinado. Para eso estaban los especialistas. Ellos, sólo ellos, lo considerarían como debieran. Estúpidamente lo consolaba con que no era grave lo que había sucedido:

—Vamos Arnesio. No es digno del hombre llorar.

No se le podía decir la verdad.

Justo cuando yo venía elaborando la idea de fugarme de mi casa ocurría esa catástrofe. Tanto fue así que permanecí paralizado. Yo, ferroviario; él llorando y gimiendo que le devolvieran su locomoción contusa; o estupefacto, contemplando las luces en el techo. Su inteligencia, ojos abiertos frente a la picadora de tocino, se sorprendía ante la carne que le habían masticado con dentadura limpia (traca traca

un tobillo, traca traca una pierna). Guillotinándome la anatomía yo lo contemplaba largamente.

Sólo a veces, con grandes muestras de cariño, se lo conseguía revivir apenas. Nunca olvidaré la nuca de mi madre inclinada sobre su cuerpito:

—Hijo, hijo. Yo quería que crecieras, te graduaras, no que te hicieses comerciante en compañía de tu padre.

Ya antes se sabía que mis padres discutían, a veces con violentísimos términos. Pero a partir de ese momento mi casa se llenó de prohibiciones tácitas: no discutir, no dirigir ninguna orden, no demostrar fatiga.

La Biela lavaba las vendas, enjuagaba el recipiente de la orina. Con todo su ahínco se consagraba a consolar los sufrimentos de mi hermano que, disminuído de tamaño, se revolcaba en su regazo como un niño. Confiaba a ella sus dolores; de nosotros la única que no se abatía, nunca decaía ni se fatigaba.

Cierta noche oí que nuestra hermana le mostraba cómo en ella el dolor se calmaba. Ese mal que consistía en alegrarse dentro de las picadoras de tocino.

A veces él soñaba que ella le pedía su mal y se escapaban juntos por el haz de luz que entraba su cuerpo a ser roído. Luego el dolor hasta la tumba él llevaba por un carril solito. Raquíticos ojos salientes y helados de pollo. Con las riendas carcomidas calzaba estribos no gemelos y pedía ¡por piedad! que en su país no hubiese mitos.

—Locomotora es pulmotor, locomotora es pulmotor —se repetía. Sus nervios pensaban—: La picadora avanza, me carcome. —Llenos de sangre los nervios pensativos. En la pieza a oscuras el médico humeaba las boticas.

Cerré las ventanas. Abrí unas poesías y leyendo así anduve por toda la casa. Pero ninguna se relacionaba. a la sagrada familia.

Mi hermana se multiplicaba en fuerza adquiriendo rasgos peligrosamente endurecidos:

¡Salí a abrir la puerta! ¡Cerrá las poesías!

Me sacudió un timbre al que taladraba el pulso de la

masajista. Corrí a abrirle. Entró. Saludó al facultativo. Palpó los muñones, si flaxos, a ver cómo seguía su musculatura. Luego le miró los ojos a ver si comenzaba a resignarse.

Mientras ella contaba alguno que otro chiste me acerqué al borde la cama del accidentado:

–No te rindas. Estáte quieto. Sé valiente. Deja que las riendas tu silueta descalabrada rehabiliten.

Esa noche había baile. Todos gustarían de salir sin apuro.

–Habrá garufa. Si necesitas mis huesos llevátelos. Hasta que termine puedo esperar.

La masajista, duramente, me pidió a las buenas que cerrara y me fuera.

Me fui habiendo:. . . ¿que cómo? ¿No fue acaso por mí que vinieron? –Solito, pegado al rincón donde lloraban los niños, oí que lo alegraban. Volvía mi pesar y yo me levantaba: mis padres me habían embromado bien. Me pusieron en una locomotora de guarda. Despacharon locomociones acopladas, y lleno de maldad me hice un tajo en la flor de mis verijas. Con el frac que yo no usaba mi hermano se arrastraba solitario por las vías.

¿Qué quedaría de sus piernas una vez que la picadora retirara sus ruedas de ellas?

Para ver su camino yo tendía piedras de granito en los durmientes y galerías rotas sobre los natatorios que nadie nadaba.

–Qué inmóvil el embrión en su transformación trabaja y cuánto de inmutable ha de forzarse cuando nazca en ensillar de ruedas el estropeado movimiento.

Con pesar me escapaba hasta el poste de la vía. Me apoyaba y afligía: ¿por qué no se repartía a todos igual suerte? ¿Por qué viajaban las colinas de provincia a provincia?

Nadie me sentía cuando regresaba a casa cubierto de paja y tierra.

Los conciliábulos de médicos, las idas y venidas de enfermeras todo lo habían transformado. En adelante nadie hablaría de esquíes, de proyectos individuales de viajes, mucho menos de locomociones. Papá dejó de usar zapatos.

Nunca omitiría de levantarse cada noche adormecido y dirigirse al frigorífico como a buscar un objeto perdido. Yo debía, poniéndome el pijama, ir a traerlo, a consolarlo y explicarle que no tenía en ese chacinado parte. Nada había tenido que ver. La fatalidad había obrado por su cuenta.

En cada uno de nosotros resonaba el sufrimientos de modo diferente. Los gritos de mi madre que todo el tiempo habían caído sobre mi pobre padre comenzaron a caer sobre la Biela. Hasta entonces habíamos tenido cocinera. Después del accidente quiso mi madre misma cocinar para mi hermano. Era comprensible que así pagara culpas. Pero por qué obligar también a mi hermana que pagase según la contabilidad de un encarnizamiento incomprensible. Claro que mi hermana no se echaba atrás. Así era que ambas se la pasaban discutiendo sobre qué arroz era mejor, si el integral o el blanco, y si eran preferibles los pollos de granja o los de campo. Lo hacían de manera totalmente involuntaria y oscura. Parecían esperarse en los pasillos, tras las puertas, para seguir antiguas discusiones sordas.

Una tarde, después de haberla perseguido inútilmente, madre solto el repasador y desmelenada me abrazó conjurándose con:

Ferro, jurá, jurá que nunca volverás a probar carne.
–Más que la voz de ningún animal la de mi madre trasuntaba el mugido sombrío en el momento del sacrificio.

Mi hermana, dándonos la espalda, había pasado horas enteras contemplando el frigorífico. Era una tarde de matanzas. Crecían los mugidos y el olor pesado de la sangre.

Me escapé. Bajé las escaleras. Corrí a las alquerías. Recorrí embriagado los terraplenes sin oír ni sentir. No sé cómo aparecí en la plataforma de un corral donde algunos peones obligaban a unos animales a zambullirse en el interior de una pileta. Con sus horquillas los hacían sumergir la cabeza y sacarla afuera nuevamente. Luego los pinchaban para que trepasen el escurridero y les hacían chorrear el líquido en exceso por el piso hacia los resumiderales. Y ellas, corto

trecho, galopaban por la manga sin saberse comidas, futuros bifes de lomo en platos y bocas de carnívoros.

De pronto entre un barullo enorme de bandadas de saltarines muertos creía ver a mi hermano deslizándose a los gritos por la manga de un chiquero. Sentí cerrar detrás de sí la puerta trampa y caerle encima la picadora gigante. Oí el ruido de la masticación que producían los dientes de las ruedas y las púas de alambre sobre su carne y su huesos.

En un instante infinitésimo había ruinosamente confundido picadora y pulmotor. Como consecuencia del error el único grado que hube alcanzado durante mi existencia no había sobrepasado el rango de Ferroviario de a Pie. Así se explicaría, a pesar de mis esfuerzos, no haber llegado nunca a nada, haber errado descalzo. El sol y mi bolsa al hombro por las vías habían a mi mente hecho llorar hasta quedarse seca.

El pulmón no muda, no varía con los menoscabos del vehículo. Locomotora es pulmotor: en él se piensa, se siente, se desea. En su pulmón cerrado de metal se nos irá, se nos irá remando el pasajero. Respirando con un solo tendón, con una fibra sola, se hamacará sostenido al Universo, reposará en el movimiento.

Santos y *boddhisattvas* descuidarán sus órbitas al vernos:

—Allí va Arnesio, miren, el hermano de Ferro, el guarda loco, ese pésimo asceta que lo sigue: yerra en rodar sin que nadie le pida. Extravió su razón por querer inhalar todo el Espíritu, toda la Espiral en el calco de un mísero respiro. Pobrecito. No tuvo pulmotor. No sabía esperar. Enloqueció. ¿Qué pretendía? No conoció la regla ni los límites. Perdió una tuerca y se creyó nadar inmensidades infinitas.

Como un sello se me cerró en el pecho el hermetismo. No agregaré una sola cifra a mis mentiras:

—¿Y por qué son trenes los enigmas, flechas de todos los designios? ¿Y por qué andan y andan las colinas y permanece el horizonte en brumas, culpable, oculto y enemigo?

Pero en eso se abrió mi corazón de golpe como una corona de flores bajo los rayos del sol puro. Simultáneamente

acertó a desaparecer el paso de la Biela entre las sombras del arroyo. La llamé. Nos unimos y nos fugamos conversando mucho hasta perdernos. Yo no quería hablar por mi boca. Sólo que mi yo en ella reviviera. El yo, que había pasado todas su dichas en polaridades de silencio, como si hablaran el yo y el mí conmigo mismo.

Llegamos junto al Río Platinado. Así me rescataba, así despertaba de mi sonambulismo.

También mi hermana había sido puesta de guarda en la misma locomotora discapacitada. Nos habían hecho crecer juntos, pero yo y no ella debía ocupar el lugar del primogénito y admitir su sufrimiento y consolarla.

Hablamos de cosas íntimas y nuestras en olvido de lo que nos había tocado de familia: dos o tres veces que habíamos vuelto del colegio juntos, un trompo por el que discutimos ¡qué infantiles! Advertimos que ya crecían las glicinas.

En un momento dado me di cuenta que guardaba en el bolsillo inexplicablemente ocultas dos manos delictivas:

—Me parece que no hice mal quedándome en esta casa donde he sido niño. De no haber estado tú haría mucho tiempo que estuviera prófugo—. Algo me daba vuelta en la cabeza y no podía decírselo. Sobre llovido, mojado. Agregué:

—Yo no creo que el matrimonio entre hermanos sea la solución de todos los males. Vayámonos de aquí. Debe haber algún lugar donde no exista el sufrimiento.

La Biela me sugirió que me olvidara esa niñez que habíamos perdido y dio por terminado aquel paseo vergonzoso y lúgubre.

Al sentir que me hería no era ella la autora de mi mal. Mal alguno podía alcanzar de un hombre a otro. Todo ser se hacía el mal a sí mismo, nunca a otro.

En la trasmigración de incontables existencias el eterno disgusto de un mellizo que pateaba guijarros al arroyo me volvió de golpe:

—Pides que me olvide de ese niño, que no piense su disgusto ignoto y es como pedir que me olvide de mí, que piense que no existo. —Como un renuncio lúgubre en un ba-

rrio de glicinas resonó su "hasta luego". El eterno disgusto en que se hundió mi voz al despedirla "eternamente", un eterno chocar de cosas que no iban, no fue porque me faltara su consuelo. Eterno adorador, a veces al revés, era ella la que decía "eternamente".

—Sin embargo yo sustento esta hermandad, la nuestra, porque pienso que pensás que yo pienso agitarse en el frío de la entrega este eterno disgusto —proferí débil y sombrío.

Mi respiración se sujetó todavía a la de ella. Junté mis manos sobre el pecho pero no me permitió que besara sus labios.

Cuando perdí su cuantía proferí:

—Tu piel no es ésta, no es ésta mi voz.

—Era mi deseo que solamente el nombre suyo pronunciase mi boca. Entonces la perdí y abrí por las malezas entre todas las divisas mi regreso. ¿Sería posible que adentro de una nave oscura la pronunciara de nuevo? Pero de nuevo, con toda mi niñez, en esa frase que no debí decir. . . repetitivamente.

Fue dolorosísimo sentirla desprendiéndose, verla huir como un pato en vuelo.

Toda la riqueza de mi alma, ahora ¿a quién entregarla? Mi realidad más propia era el dolor, la compasión, pero antes todavía que el dolor esencialmente imperceptible, ¿qué era lo último que me quedaba tras haber perdido todo? Hasta el último momento, pensé, aún podría rescatar mi amor, lo único que no podría perder sino perdiendo mi vida. Bien sabía que el amor era inmortal, e indiferente al umbral de la muerte. Las vacas, símbolo de la mayor tolerancia, no se proponían rescatar lo último que les quedaba la vida cuando el verdugo blandía sobre ellas el martillo.

Regresé por arrabales y alquerías.

A la tarde siguiente, junto al aljibe de la casa, vi a mi hermana de espaldas y pasé de largo. Por encima de sus hombros advertí que estaba aprendiendo a examinarse sola sus senos. Sobre las líneas de sus venas leía la genealogía pura de los antecesores que habían mantenido la sangre nuestra

sin mezclar. Como en las páginas de un libro seguía tortuosidades laberínticas de antecesores faraones incestuosos, frigoríficos.

Sonó un campanilleo.

—Ve a atender —gritaron impacientes y a dúo mis antecesores.

Solté el libro. Abrí la puerta, era la masajista. Me preguntó cómo andaba mi hermano. Yo qué podía saber. Le contesté cualquier cosa como si no hubiera comprendido.

PERCANCE DEL HERMANO CABALLO

A muy altas horas de una noche, deambulando por las habitaciones con ropa de sonámbulo, me crucé con uno de los más famosos hacendados.

—¿Quién está espiando sus piernas por la cerradura del baño? —chilló al segundo una de las voces de mi padre. Me cayeron encima los aparejos de unas riendas y me rayaron los ijares con espuelas. Como un pistoletazo sentí sobre el cogote la lonja de una "guacha". Escondí la cabeza entre las manos. Traté de liberarme. Al elevar mis ojos de bagual capturado me encontré de golpe libre. Estaban destrozadas las correas que mi padre había tironeado para quitar de entre los dientes los miembros de un potrillo.

Tras una cortina vi la nuca de mi hermana echada sobre el respaldo del sillón. Con la bata de cama puesta se cubría la cara apoyando un codo sobre el otro.

—Biela, estás llorando. ¿Qué te ha pasado? —Puse mi mano sobre la de ella.

Hacía mucho que no comentábamos sucesos algunos familiares como correspondía a nuestra situación de abandonados. Cierto que la palabra "abandonados" describía mi alma menos grave de lo que en realidad se encontraba.

La Biela me abrazó llorando. Me preguntó si era cierto que en las repúblicas teocráticas el amor entre hermanos se usaba para representar los padecimientos del infierno y como espantoso medio de tortura.

En eso sonó la comparsa de un grupo carnicero. Desesperada, la Biela corrió escaleras abajo hacia la calle.

Oh, no. No estaría sana. La maldición que pesaba sobre la familia había perturbado su mente. Ella, la que más se preocupaba, no había tenido quién la consolase.

La seguí con mi celo delirante.

Oí a Arnesio. Con apagada vocecita me rogaba que lo llevara como fuere. Estaba harto de permanecer inmóvil sobre el lecho de sangre, tomándose a pecho su dificultad.

Traté de convencerlo que el dolor no tenía realidad, que siempre debía ser descripto por comparación: como si lo quemaran, como si le clavaran un cuchillo, como si le pasara por encima una rueda. Todo ello era signo de que el dolor era falso. Arnesio soportaría bien su enfermedad y podría vivir. Le pregunté si no necesitaba que le cambiara el frasco de la orina.

—No —no necesitaba.

Entonces sugerí:

—Ten paciencia, Arnesio. No puedo prestarte mi existencia. Creo que no apiadaríamos a nadie con solicitar milagros. Tú tienes que pagar las matanzas de animales que cometió nuestra familia. Te prometo, para más adelante, corregir lo que pueda la crueldad del destino.

—Ayer me miré que respiraba con el vientre largamente, como hacen quienes no usan cinturón. Yo no usaré más cinturón. El estrecho vacío que nos tiene apartados de nuestra prometida hermana a mí me es imposible saltar. Pero tú perteneces a su mundo. Ve con la Biela. Es ella, ahora, la que más necesita de mí y de tí. Yo me arreglo solo.

Como un pollo se quedó con los ojos fijos en el cielorraso tratando infructuosamente de disimular sus celos, triturando con la boca unos granos de trigo:

—Mis tibias están envueltas en una tela blanca. Hay un León Herbívoro apacentando en la Ciudad del Dolor.

No sé qué me dio dejarlo pensativo, sin defensas, carcomido, destartalado, solitario y amante.

Se diría que yo no lo amaba. Pero sí, lo amaba con toda el alma. Cómo podría no quererlo si Dios lo había puesto en mi camino para que yo lo cuidara. Era él quien no me merecía a mí como hermano.

Tapé mis oídos, cerré mis ojos y me eché escaleras abajo. Mis piernas recorrieron las calles agitadas y oscuras. Me hubiera gustado operármelas, como los matarifes hacían con las amígdalas de los niños, los apéndices de los adolescentes, las vesículas biliares de los hombres maduros y las próstatas de los ancianos. ¿Se podía andar con un órgano cuando la naturaleza dotaba de dos a las criaturas humanas? También se podría andar con una pata en lugar de un par.

Por momentos sentía la picadora de tocino avanzando por mis muslos hacia los testículos. No quería tocarme ni mirar mis glándulas carcomidas, y mis piernas desgajadas de cuajo. Desesperado me eché a la carrera gritando:

—Esta vez me opero. (Me opero de qué) Unos sobrevivieron sin piernas. ¿Por qué no podré sobrevivir sin testículos? No voy a esperar que la próstata me tapone la uretra.

En mi cuerpo se encogían múltiples órganos inútiles, que no servían más que como peligro de infección. Corrí tratando de evitar mi captura. Fatigado, con la lengua afuera, no sabía dónde iba ni para qué.

No se oía más que el viento. Un aroma de muertos y de sangre perfumaba los faroles, los almacenes solitarios y las puertas cerradas. Nada disminuía el ritmo funerario del Carnaval al Revés. Algunos asados ardían en las casas de matanzas. Se utilizaba música de velorio para amenizarlos. Quién sabe qué compadritos individuos, en qué lejanos asadores de chorizos esa noche comerían las piernas de mi hermano entre tragos y habladurías de amigos.

De pronto, por el borde de un arroyo de sangre vi venir a mi hermana riéndose groseramente y arrastrando a duras penas un cuerpo bamboleante que clamaba para que todos oyeran el sufrimiento de "este pobre padre con su hija". En la otra mano tironeaba de dos piernas desgajadas de cuajo. Llegó hasta donde yacía una tabla de picar sobre la que colocó las piernas rebanadas. Sentó a mi padre al pie de unas albóndigas. Extrajo un enorme cuchillo de cocina y se puso a cortarlas en tajadas como si, por una ligazón arbitraria con sus actos, tras haber arrojado las piernas de su hijo a los dientes de la picadora debía ahora comérselas.

Biela continuó rebanando unas tostadas. Preparó un emparedado. Se lo entregó al embotado de su padre; quien llevándoselo a los dientes, sin decir las gracias, alternó la masticación con sorbos de una damajuana. No soltaba ni el uno ni la otra, aun mientras que masticaba, aun mientras que sorbía. Era claro el peligro a que estaban expuestos los padres que permitían ser alimentados por sus hijas.

En eso surgieron los trovadores de una comparsa compadrita. Sus tangos establecían una moral diferente para la mujer que para el hombre: Tangos machistas cuya ética faltaba a la corrección de los principios.

Un ex-campeón de box que había andado en muchos amores declaraba que la mujer era una cosa que se usaba y nada más. Sus canciones daba a conocer el pesar específico de su trayectoria afectiva. Al terminar agradeció a su primera mujer, con la que estaba casado legalmente, que no hubiera formado otra pareja. Terrible golpe hubieran recibido sus hijos de aceptar él un extraño en su casa.

Sin embargo, pasando por alto toda consideración del estado mental de mi hermana, revoloteaba sus musculosos brazos por sobre su cabeza. Biela rebanaba los salames canturreando.

— ¡No se abusen! ¡Respeten a una enferma! —clamé.

Se acercaban y frenaban antes de tocarle las piernas. Retrocedían haciendo sonar sus bandoneones mientras papá, a quien tanto indignaban los reclamos salariales de sus matarifes, aceptaba gustoso la ofensa contra la honra de su hija.

Ella, con los ojos cerrados y entregada, ensayó unos pasos graciosos y gringos golpeándose el traste. Levantándose su batón mostraba al aire el rodar de sus nalgas. Estas se proponían y lanzaban. Sus piernas las seguían. Quién comprendería que aquella autonomía no era más que un mecanismo para escapar del clima oprimente de su casa.

—Ven, te curaremos de la gula. Te recuperaremos de los vicios —sugirieron a papá los compadritos de la banda musical.

—No iré. Yo no puedo dejar de comer —respondió.

— ¡Biela! —proferí— tú has sido siempre una muchacha de gran corazón. Es humillante la ofensa que se hace a nuestra familia. A nadie se le ocurre pedir opinión sobre física quántica a un cantor de boleros o a un campeón de box. Pero mira cómo el matrimonio y la familia tienen en su haber los más inusuales abogados desde las más estrechas perspectivas y sus propias frustraciones.

La música letárgica en avances zalameros enardecía las semifusas velocísmas de los flautines. Mi hermana participaba de la música. Parecía no haber comprendido en qué momento inoportuno había abandonado a su hermano y perdido la voluntad y la conciencia.

Le grité:

— ¡Biela! ¿entonces era cierto que te jactabas ante los peones de haber hecho comer a nuestro padre "salames sacrosantos"? ¿y que te desnudaste ante los compadritos de la carne para que admiraran tu silueta?

Advirtiendo mi presencia hizo un movimiento de escapar; pero llena de espanto se arrojó más aún con las piernas abiertas entre los compadres, quienes empezaron a hacer consideraciones de lo más atrevidas con total parsimonia. La acostaron en el piso húmedo y la salpicaron con chorritos.

Traté de levantarme pero, para mi asombro, necesitaba calcular con esfuerzo cada pensamiento que debía hacer para moverme. Muy enfermo y muy debilitado me abandoné sobre la tierra húmeda, esponjosa.

De pronto, por el lecho del arroyo, empezó a correr sangre caliente. Manchaba las raíces sobresalientes de los árboles. Varias arterias de sangre inundaron los pastos irrigando el crecimiento. El Espíritu Santo, rezongaba a través de un bandoneón.

Antes que creciera del todo la Biela saltó hacia la otra orilla por sobre los promontorios entre las arteriolas que se hinchaban.

Los dos compadritos de la banda la siguieron caracoleando ochos amargos, fríos y amistosos.

¿Qué hacía yo allí sin poder levantarme? Había que decidirse. La sangre crecía inundando el vasto lecho. Si volviendo a mi casa todo se normalizase y no me encontrara con mi hermana, ¿qué explicación daría?

Me di cuenta que caminaba con mis incómodas pantuflas. Vacilé. La sangre había inundado corralones. Arrastraba árboles y animales muertos. Sin dejar de ser yo mismo mi sombra se me iba. Se me iba con ellos. Pronto me quedaría sin silueta, sin esquema corporal.

A una muchacha suelta lo mismo le daría no tener familia. Estaría por encima de toda razón. Sería libre.

La espuma enrojecida golpeaba los umbrales. Esa sangre habríase fugado de las arterias de los potros y las vacas para restaurar el equilibrio ecológico. Se ensañaba con la obra del hombre explotador, que había arañado y agotado la superficie de la Tierra, inventado máquinas y tendido vías férreas, emplazado centrales de energía, quemado combustible, año a año dejado correr sangre negra para derramar en los océanos.

En el centro del arroyo un caballo enorme luchaba entre las olas. Fuertes ligaduras al cuello de sus articulaciones aumentaban la pulsación de sus arterias mientras sutil parte de su sangre pasaba del ventrículo derecho al izquierdo atravesando por los poros del tabique que los separaba. Su corazón era intocable.

En vano buscaba con sus patas el sostén del suelo. La melena plateada de sangre caía y se le recobraba por encima de su cuello bragado. En su frente brillaba una Luna Potencia. Era la Idea Metafísica a los saltos. Sus firmes chaponeos magnificaban todo un símbolo: lo animal en el hombre. Los movimientos de su cuello majestuoso y mudo conducían los restos de una manada errante y castigada que provenía de allende todo límite. ¿Cómo habría venido a parar en ese arroyo? También él defendería como al final de una derrota la trasmisión hereditaria de su perdida raza.

La creciente me hizo perder el pie. Los huesos, que me habían sostenido, fueron arrancados por unas ramas de los

árboles. Ya me resignaba a que mi cráneo fuese destrozado entre rocas de sangre cuando. . . no sin deseos de poner fin a mi vida pude aferrarme a la braga de mi Hermano Caballo. Con mis propios bíceps me impedí la mensedumbre de la muerte y sus ventajas.

Aún casi sin recobrarme me pregunté si era cierta y real la visión en calma de la sangre. . . y pellizqué al caballo.

Un espíritu de vida nos impregnaba sin duda hasta el último rincón de nuestras células. Nos hundimos en la sangre. No había por qué detenerla.

—Pronto toda una ciudad, Bragado, llevará nuestra braga al cuello, nuestra braga blanca sobre fondo rosado, y vivirá de no dejar de recordarnos.

Qué importará, de qué valdría entonces nuestro actual esfuerzo. Sacrificados los huesos que nos sostuvieron sobre patas, igual empero, habremos de morir corriendo el tiempo que habitamos.

Mi Hermano Caballo me contó su pequeño percance:

—Esta madrugada unos hombres vinieron a enlazarme para ponerme arnés, montura y riendas. Pastando a mis anchas daba mis ancas de animal al borde de un abismo ansioso cuando en intención de capturarme sobre domesticados animales se acercaron de costado con astucia revoleando sus lazos.

No quiso verse con el polvo en los ojos, de su vista el horizonte de la pampa ausente. No supo si el retroceso fue por miedo. Lo que pensaría no sería de importancia: —No lograrán capturarme.

El animal se había echado al abismo relinchando. En vano buscó su sombra de centauro en el sostén del aire. Su silueta de caballo no sufría el verse abandonada del cuerpo. Con su sangre habría de llegar a un Río Platinado. Encontraría que el salvajismo que lo había comandado lo habría dejado solitario.

Prosiguió su marcha. En la manada lo habrían destinado a correr delante. La libertad de no privarlos de su propia vigilancia le impidió la mansedumbre de guiar los animales.

Les había negado sus indicaciones y huyó de su rebaño. Pensativo, solitario y amante no sin razón despreció la domesticidad de los recados. Si no sería de su especie y su manada tampoco fue para participar de la hibridez de los centauros. . . bajo la estéril conducción del torso humano. Ellos habrían bajado con sus monturas a mirarlo: por un puente que respiraba roto y que caía. . . Varios caballeros se había quedado sin caballo. Había muerto en Bragado. La ciudad que se levantaba sobre su sepultura ¿qué recordación fragmentadora alimentaría tras la unidad enteriza de su salto? Su cuello no enlazado se lanzó flechando el aire. Su instinto suspendido en el abismo se salvó de la codicia humana. Quién lo sabía. Diría que prefirió la muerte antes que admitir sobre su lomo las ventajas que le ofrecía el hombre. Cierto. Eso que fue propio de la "bestia ingenua" hoy habría muerto en su nombre. Se negó a que lo domaran.

—Soy quien soy.

ESTADO DE IMPOTENCIA

Había aprendido las maneras de curarme pero estaba muy lejos de aceptar que no tenía en mi poder amar y amar y amar como quería. Yo había sido como esos raquíticos jinetes que habían escuchado como voces pidiéndoles volver. Al llegar ante las puertas del llamado había descabalgado, pisado la tierra y al instante caído de rodillas al pie de aquel recuerdo que creyera sumergido para siempre. Nunca más daría fe a mi pesar específico. De ahora en adelante viviría enmascarando mi experiencia.

Un orgulloso ciervo alzó en sus astas un guanaco y lo arrojó desde la cumbre. Rodó cayendo herido. En el regazo de un recodo del monte se recogió sin queja de dolor, sin egoísmo.

—Pobre guanaco —dije—, la luna de esta noche se encontraba sin ciervo que vigile. Por una herida tonta, al no tener mujer que lo entablille; aquél que amó, con la tibia quebrada, morirá sin asilo.

—Qué hermosa ha de ser la mano que lo cuide. Ella se irá en caricias. Yo haré un fogón para espantar las víboras.

La mujer más fría afeitará la luna en su barbijo y la más buena tendrá frío.

Siguió de largo la cantidad de tu excursión y yo, obedientemente, los seguía. "Infiertur" era el nombre que acompañó a tu comitiva de turismo en el Infierno.

Por un tramo de montaña, una curva en que la rueda del camión quedó en el aire, los camioneros atravesaron Catamarca y se burlaron de mí porque me oyeron arremeter un llamado en las laderas.

1. cuervo
2. llama o alpaca

Resonó tu nombre en mi garganta como esos locos que corrían y miraban de un lado para otro. Eran grandes laderas y refalé de rabia cuando mi pie se ha diminutivo.

Los choferes se rieron diciendo:

—Mírenla, vuelve a Mataderos, lleva a sus espaldas al del cráneo partido, un excéntrico impotente que jamás habrá de agradecerle: "Sé que pediste ayuda". Ella es ahora su propia caída, su sin final en declive, no harta de gritar en las grandes laderas el nombre que quisó escuchar.

—Pido crecer de nuevo —imploraba de rodillas Ferro Carguin,— no por mí, que me temo; sino, para verte gatear conmigo bajo la tempestad en que los llamados se pierden; sino, para que si alguna vez te pescan al pie de aquella empinadura nadie saque la conclusión de que no estoy contigo, ni que tu nuca se quiebra aguardando que mi tren reaparezca allá arriba sin que falle el grosor de la trocha ni afloje hasta la cima del Sí Muchas Gracias de los que pisan las altas cumbres.

El andamiaje de mis vértebras; que en otro tiempo se había mantenido incólume en su puesto, en posición de loto sobre el asiento de la locomotora; yacía muerto aguardando alguien alegrado de saber que yo viviese y me dijera "levántate y anda".

Había que tener paciencia. Entre sueños canturreaba mis salmos.

Oí el ruido de una torpe ortopedia caminando inciertamente, calculando las distancias, cayendo y arrastrándose hasta lo alto de la piedra en que yo agonizaba. Largo rato se quedó jadeando, aferrándose. Me miraba cara a cara. Venía a salvarme. Se quejaba que se había caído: pero que yo, por favor, no desesperase.

—¿Qué juez externo podría establecer que mi dolor era más grande? ¿Es que sería necesario establecerlo por un juez externo?. ¿Qué nuevo delirio se anunciaba en este extravagante escarceo? Era impropio y ajeno sugestionarme por lo que estuviese establecido y sellado en otro cuerpo. Pobres esos músicos de Orfeo que de un día para otro decidían

1. Scaffolding

cambiar su suerte presentándose ante el juicio de los concursos de belleza.

Con un encanto nuevo y único corrió una manada de ciervos por el bosque siguiendo inalcanzables cromatismos. Altivas águilas del vértigo elevaron sus grandes corazones culminando en un grito, en una celebración. Diluidos en la unidad superior de la embriaguez dejaron de correr los ríos pues con la misma velocidad que ellos descendían bajaban las montañas todas.

Con renovada majestuosa realeza la silueta de mi hermano caballo me dirigía hacia un concurso de belleza. No se necesitaba autorretrato. Seguía la marcha de la luz naciente. La superficie de la tierra y el espacio frío estaban apenas protegidos del sol fuerte por vapores de anhídridos y de agua. Me servía de un traje de aluminio. La escafandra evitaba como un yelmo que llegara mi madre más muda que otras veces para partirme el pelo con un peine y rodarlo por la corona de mifrente. No se necesitaba autorretrato.

Colgados esqueletos sonreían.

Con el yelmo suelto atravesé los portales polvorientos del silencio.

Oí de pronto risas, muchas risas galopando o quizás una sola con el eco. Volví la cabeza. Todo estaba en silencio. Unos esqueletos habían resultado colgantes de las puertas; otros, pensadores sentados a unas rocas. Las calaveras me sonrieron o me miraron con sus ojos abiertos. Un golpe de viento fresco, dándome en la cara me despertó de golpe, conmoviendo mi conciencia que se había adormecido.

Entre las ruinas de un Instituto sin Belleza un gordo abría con apetito galopante latas de conservas y llevaba a la boca cuanta porquería se ofreciera a satisfacer su hambruna. Gran número de abrigos mantenía su silueta oculta, anegada entre profundos camuflages. El Invierno lo había obligado a recluirse acumulando grasas. Cuando brotaron las primicias de las hojas se puso ante el espejo y se empezó a quitar la ropa hasta que pudo desnudo apreciar cuánto no había adelgazado con su tratamiento.

A su exhibicionismo galopante deslicé mi implacable, hiriente comentario:

—¿Por qué no comprueba en la balanza su pesar específico?

Toda su respuesta fue montar una ventana en el aire por donde extrajo la cabeza. Nadie habría pensado que sus ventanas fueran imaginarias. Realmente no se necesitaba autorretrato:

—Comiendo me gratifico para no estar obsesionado por mi peso. La ropa me engorda a medida que como. ¡Qué puedo hacer para poder mostrarme. . . desnudo? —preguntó aludiendo a su gordura.

—Respetar un régimen. ¡Pero respetándolo!

—¿. . . como haría una de cada tres mujeres? —respondió— Yo no creo en milagros.

Olvidando sostener la ventana imaginaria que había montado en el aire hizo un movimiento para saludarme y se le cayó una pared encima.

Ritmos, movimientos, tonalidades, timbres, se frotó el chichón sana sana y con su alma en pena se encaminó a dibujar su autorretrato. No, nunca recuperaría su silueta. Nadie le diría dónde se lo estimaría exhibiendo su estatutaria sin que nadie lo viese. Pobre. Le di vuelta la cara para que se vistiera. Se consumía la energía que recién había comido. Cuánto mejor no alimentarse. No tenía sentido para tener después que consumirse.

Yo seguí mi marcha. Un camino de espinas y dolores conducía al Instituto de Belleza. A su costado una infinidad de arrogantes efebos estatuarios cultivaban sus siluetas.

Prorrumpieron los últimos llamados a concurso para ingresar al mundo las almas en pena. Brillar sólo una noche para obtener un premio y quedar luego agotado para siempre era más meritorio que una vida larga y aburrida.

En los jardines posaban 180 aspirantes a toreros con sus dobles pechugas. Irritados y anémicos exhibían sus pechos engordados a hormonas. Agitados no dominaban sus inhalaciones ni la densación del fuego. No se les ocurría que

179 quedarían defraudados cuando los jueces emitiesen veredicto sobre quién era más bello.

Algunos, que se habían despojado de sus hábitos monásticos para cubrirse de ajustados atuendos, descubrieron mi capa de toreador austero, mi porte soberano de hombre solitario y dado a la pobreza. Se me acercaron insistiendo que los jueces no debían entrometer sus veredictos:

—No podemos ver feo a alguien que se siente íntimamente hermoso. ¿Por qué no nos representas en un concurso de belleza? Para participar es necesario gran atrevimiento —Sin pérdida de tiempo me pidieron que los guiase a lo largo del concurso inspirándolos a aquellas muestras para las que ellos no se sentían suficientes: las de elevar el semen. Los miembros de un jurado de un concurso de belleza habían dictado una terrible ley que prohibía la susodicha práctica a todo aquél que no la conociera muy a fondo. Y así llevaban al presidio a bellísimos jóvenes que se habían excedido en osadía.

—¿Cómo llegaron ustedes a este sitio donde se exhiben estatuarias frente a espejos? —pregunté en lugar de responderles. Sus atrevimientos eran lo que menos se veía. Era natural que el carácter de aprobado o reprobado no dependiera tanto de la aspiración que pretendían los diversos candidatos sino, valga la obviedad, del juicio de un jurado al que ellos se habían sometido por el hecho de presentarse en el concurso ¿Por qué no meditaban sobre sí emancipados de toda consideración externa?

.Entonces me contaron en resumenes diversos sus desdichadas historias.

Devotos adolescentes ambulantes por sus glándulas de secreción interna elevaban el semen a la sangre en lugar de eyacularlo. ¿Qué fórmula usarían? Había centenares de recetas. Pero nadie poseía un secreto oculto a los ojos de todos los demás. Se juntaban, discutían, analizaban métodos a la manera en que personas hablarían de religión y de política. Cada uno tenía una idea de cuál pase era mejor. Entonces los demás lo sopesaban y mantenían viva la asam-

blea. Fuera de ello en nada coincidían pues experiencias tan disímiles no tendrían un eje sobre el cuál coincidir. Creían que guardarían el vigor, la juventud, la longevía, el jade áureo mucho tiempo. Un día se sintieron hechizados y huyeron siguiendo las siluetas de sus almas en pena. De sus casas salieron por las noches cerrando sus capuchas y se arrimaron al pelotón de sus cofrades. Así fue como se hicieron monjes aquellos desdichados. Con sus hábitos cubiertos se desvestían a solas sin espejos, frente a Dios, y; al entender de pronto que no había piedra en el mundo que hubiera evitado el sufrimiento y los profetas no tuvieron miedo de mostrarse como eran, salieron en carnes al combate y se sumergieron en el insomnio, en el lodo, en la tormenta.

Yo no podía comprenderlos. ¿Por qué se habían hecho ambuladores y habían recorrido océanos, puertos, selvas y tabernas con vinos y mujeres? Sus malventuras corrían en las olas del recuerdo con la ayuda de correr al ser narradas. ¿Por qué se habían detenido exhibiendo estatuarias frente a los espejos? ¡Y venir a morir a un Instituto de Belleza!

Se oyó en el órgano melodías y acordes de músicas diversas.

Convergieron escalinatas paralelas atravesando altares divergentes sin romperlos. Peldaños que nacían y morían había que subirlos con mil piernas. Extrañados mis pies ascendieron la escalera luciendo las galas de torero que me regaló mi madre. Pronto yo era mi piel que recibía una caricia como "yo" eran mis manos recorriendo mi traje de torero.

Bajo los arquitraves quise ingresar a un gimnasio para damas pero se me interpuso un Tribunal en pleno. Los miembros del jurado se incorporaron todos juntos y aclamaron mi magnífica figura:

—He aquí un hermafrodita perfecto. Lo obligaron a casarse con la hermana y las nupcias resultaron ser nada más que consigo. Mírenle las nalgas. Mírenle las entrepiernas —y me levantaron el traje para comprobar mi sexo.

1. Que tiene los órganos reproductores de los dos sexos

Me contuve. Mi presencia debía impresionar en grado sumo. No quería frustrarles su sensatez, su sano juicio.

Oh, amor. Oh, dulzura sin objeto. Oh, argentina potencia, tendremos que competir ante el jurado antes que nuestro sexo se hermafrodite definitivamente.



INDICE

Página

LIBRO I

FERROVIARIO DE A PIE

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos, se terminó la impresión de *Comer la Propia Asadura del Hermano*, en Profesional Tipográfica, S. de R. L. el día 18 de septiembre de 1981. Su composición se hizo en tipo Baskerville de 9:11 puntos. La edición consta de 2,000 ejemplares.